Patético jinete del rock and roll

(Premio Tirso de Molina 2001

de la Agencia Española de Cooperación Internacional
del Ministerio de Asuntos Exteriores)

Jesús Campos García

A José Monleón, infatigable

La acción transcurre en un apartamento acomodado cuya arquitectura y mobiliario nos sitúan en un futuro próximo. Desde el salón (amplio y curvilíneo) y tras los tabiques translúcidos, se entrevé la cocina, el baño y algo del dormitorio. Juegan, si bien no se ven desde la posición del público, la puerta de calle (al fondo del pasillo) y el mirador del salón (situado en la cuarta pared).

Al comenzar la representación, en la penumbra, vemos a ANSELMO *(vital, aunque anciano), sentado en un sillón, hablando por teléfono.*

ANSELMO

Sí... sí, sí. (...). Lo importante es que tú estés bien. (...). Pues mano izquierda. El mundo es así de áspero. (...).

(Paulatinamente, la luz, irreal, aumenta su intensidad.)

ANSELMO

¿Y... de lo otro? (...). Sabes perfectamente a qué me refiero. (...). ¿No habrás dejado de ir al Centro? (...). Aunque sean dos meses. (...) Me parece un error. (...). Pues porque nunca se puede descartar un nuevo episodio. (...). No es que eluda nombrarlo, es un modo de hablar. (...). Pues llámalo por su nombre o llámalo como quieras...

(Suelta el teléfono en sus rodillas y saca un pañuelo del bolsillo. Mientras lo hace, no interrumpe la conversación, evidenciando así el carácter ficticio de la llamada.)

ANSELMO

... pero lo llames como lo llames, son cinco años como poco. Las adicciones son así, y tienes que hacerte a la idea. (...). Cualquier cosa...

(Se suena la nariz.)

ANSELMO

Cualquier cosa puede afectarte. (...). Sí señor, o lo de la constructora. (...). No es que quiera saber más que nadie. (...). Mira, no vamos a discutir. Te lo decía porque creo que debo decírtelo. (...)

(Tras guardarse el pañuelo en el bolsillo, vuelve a coger el teléfono y gesticula con él en la mano.)

ANSELMO

Pues claro que es normal, pero eso no quiere decir que no pueda afectarte.

(Hablando por teléfono.)

ANSELMO

Precisamente. A eso me refiero. (...) Tú hazlo, sí, lo mejor que puedas, pero sin arriesgarte... en lo personal.

(Ruido de llaves. Se abre la puerta de la calle y, al encenderse la entrada, la luz general sitúa la escena en la realidad.)

ANSELMO

(Suelta el teléfono.) ¿Eres tú?

FEDERICO

No. Soy otro.

ANSELMO

¿Federico?

FEDERICO

Sí, papá, soy yo, Federico. ¿Quién quieres que sea?

(Y entra en el salón FEDERICO *—más joven, aunque cansado—, llevando unas bolsas con comida. Al cambiar de zona, la luz de la entrada se apaga.)*

ANSELMO

Ha llamado Carlos. La constructora, que le hace la vida imposible.

FEDERICO

(Con el tono dará a entender que se trata de una obsesión.) Papá, por favor… *(Se sienta.)*

ANSELMO

Por cierto, ¿usted quién es?

FEDERICO

Buena pregunta.

ANSELMO

¿No sabe quién es?

FEDERICO

Y tú, ¿sabes quién eres?

ANSELMO

Soy tu padre, ¿no?

FEDERICO

Pues, en ese caso, yo debo ser tu hijo.

ANSELMO

No necesariamente. *(Pausa.)* ¿Me has traído chocolate?

FEDERICO

No.

ANSELMO

¿Ves?, luego no eres mi hijo.

FEDERICO

¡Estupendo!

ANSELMO

Te dije que compraras.

FEDERICO

Ah, ¿sí?

ANSELMO

Te lo dije.

FEDERICO

¿Seguro?

ANSELMO

Te acuerdas perfectamente.

FEDERICO

Es posible, no te digo que no. *(Pausa.)* ¿Llamó alguien?

ANSELMO

No cambies de tema.

FEDERICO

No cambio de tema, pero ¿llamó alguien?

ANSELMO

Sí.

FEDERICO

(Extrañado.) ¿Llamó alguien... realmente?

ANSELMO

Te estoy diciendo que sí, ¿no?

FEDERICO

(Levantándose.) ¿Sí? ¿Quién? ¿Quién llamó?

ANSELMO

¡Ay, no sé! Lo anoté por ahí. *(Señalando la mesita que hay junto al otro sillón.)*

FEDERICO

(Se acerca a la mesita y busca.) ¿Dónde?

ANSELMO

En el cuaderno, creo. Sí, eso, en el cuaderno.

FEDERICO

(Con el cuaderno en la mano.) Aquí no hay nada.

ANSELMO

¿Cómo que no? *(Poniéndole el cuaderno en la cara.)*

FEDERICO

Como lo oyes. *(Mostrándoselo.)* Mira, en blanco.

ANSELMO

No sé, yo juraría...

FEDERICO

Yo también juraría.

ANSELMO

En serio, juraría que lo había anotado.

FEDERICO

Pues ya ves.

ANSELMO

¿No habrás arrancado la hoja?

FEDERICO

¿Yo? ¿Cuándo?

ANSELMO

Ahora, al entrar.

FEDERICO

¿Tú me has visto arrancarla?

ANSELMO

No, pero...

FEDERICO

Di, ¿me has visto?

ANSELMO

No, pero es que a ti te gusta mucho arrancarle las hojas al cuaderno, que lo sé yo.

FEDERICO

¿Se puede saber qué nueva chifladura es ésa?

ANSELMO

A ver si es que me lo vas a negar.

FEDERICO

A negar, ¿el qué?

ANSELMO

Pues eso, que le arrancas las hojas.

FEDERICO

Hombre, pues claro, como que es un cuaderno de notas. Está para eso, ¿no?, para arrancarle las hojas.

ANSELMO

¿Ves?, lo que yo decía.

FEDERICO

Mira, no me líes. Si te has olvidado, bien está. Ahora, encima no me líes.

ANSELMO

Oye, seguro que lo apunté.

(Vuelve a dejar el cuaderno en la mesita.)

FEDERICO

Vale, vale, que es igual. *(Pausa.)* ¿Te acuerdas, al menos, de quién llamó?

ANSELMO

Hombre, si me acordara... *(Pausa.)* Yo, lo anoté.

FEDERICO

No, no lo anotaste. Justo lo que pasa es que no lo anotaste.

ANSELMO

Pues no lo anotaría. *(Pausa.)* Además, no sé, puede que fuera para mí.

FEDERICO

(Reacciona.) ¿No sería el médico?

ANSELMO

No, qué va.

FEDERICO

¿Seguro?

ANSELMO

Me acordaría.

FEDERICO

Ya.

ANSELMO

Aunque, ahora que lo dices, puede que sí. Puede que fuera el médico

FEDERICO

¿Ves? Eso lo explica todo.

ANSELMO

Pues sí, me revienta que llame. No le basta con venir un día por semana, no; además tiene que llamar.

FEDERICO

Deberías agradecerle su interés.

ANSELMO

Por más que, ahora que lo pienso... Para mí que no era su voz.

FEDERICO

¿Y eso?

ANSELMO

Sí, tenía voz de mujer.

FEDERICO

¿El médico?

ANSELMO

Extraño, ¿verdad?

FEDERICO

¿No sería la enfermera?

ANSELMO

Ah, no, no. Era el médico, de eso estoy completamente seguro.

FEDERICO

¡El médico con voz de mujer, y estás completamente seguro! *(Saca el periódico de la bolsa.)*

ANSELMO

No al cien por cien, pero vamos, era una voz... No sé, ¿cómo te diría...?

FEDERICO

(Dejando el periódico en la mesa.) Humana.

ANSELMO

Bueno, mira, quien sea, si tiene interés, ya volverá a llamar.

FEDERICO

También es verdad. *(Coge las bolsas.)* No le demos más vueltas. A cualquiera le puede fallar la memoria.

ANSELMO

¡Eh, eh! Sin faltar. Que a mí no me falla la memoria.

FEDERICO

¿Ah, no?

ANSELMO

Lo que pasa es que no me acuerdo.

FEDERICO

Será eso. *(Va hacia la cocina.)*

(Al entrar en la cocina, su luz se enciende.)

ANSELMO

Me olvido, sí, de lo fundamental, pero no de los detalles. Podría repetirte la conversación de principio a fin.

FEDERICO

Ah, ¿sí? Pues haber empezado por ahí. *(Pausa.)* Y bien, ¿qué fue lo que te dijo? *(Pausa.)* Venga, di, ¿a qué esperas?

ANSELMO

(Tras una pausa.) "Le llamamos del hospital", eso fue lo que dijeron, "del depósito".

> *(*FEDERICO *entra en el salón y la luz de la cocina se apaga.)*

FEDERICO

(Gesto de desolación.) ¡Dios! *(Y escucha paciente.)*

ANSELMO

"Todo está bajo control. La autopsia ha sido un éxito. No tiene por qué preocuparse". *(Pausa.)* Luego nos fuimos a bailar; para celebrarlo, supongo. Y alguien desde una terraza, ignoro por qué, estrelló un huevo contra el coche. Quiero pensar que sería una broma; estúpida, pero una broma. Lloramos, aunque no por eso. *(Pausa.)* Y colgaron sin hacer ningún comentario.

FEDERICO

Ya veo que te acuerdas. *(Y entra en la cocina.)*

> *(Accionada por sensores y no por interruptores, la luz de las distintas habitaciones se irá encendiendo o apagando según haya alguien en ellas.)*

ANSELMO

No digo que no me haya olvidado de algo. A veces puedo tener un lapsus, pero vamos, como todo el mundo. De joven también me pasaba. ¿O es que a ti no te pasa?

FEDERICO

Nadie ha dicho que estés viejo.

ANSELMO

No, por si lo estabas pensando.

FEDERICO

No pensaba. No pienso absolutamente nada. *(Y comienza a vaciar las bolsas.)*

ANSELMO

¿Ves? Tú, en cambio... estás algo cascadillo.

FEDERICO

Lo que faltaba.

ANSELMO

Para tu edad.

FEDERICO

No empieces, ¿eh?

ANSELMO

Deberías cuidarte.

FEDERICO

(Armándose de paciencia.) Me cuido.

ANSELMO

¿Has hecho gimnasia esta mañana?

FEDERICO

Sí, papá. Como todos los días.

ANSELMO

¿La tabla completa?

FEDERICO

De arriba a abajo.

ANSELMO

¿También los abdominales?

FEDERICO

También.

ANSELMO

Pues no se nota.

FEDERICO

(Irritado.) ¿Que no se nota? ¿Cómo que no se nota? ¿Qué es lo que se tiene que notar?

ANSELMO

Mírate. Estás echando tripa.

FEDERICO

Ya, una mañana sin hacer abdominales, y ¡zas!, la tripa.

ANSELMO

Si fuera una mañana... Pero a saber la de mañanas que habrás pasado del tema.

FEDERICO

Pues para que lo sepas: no he fallado ni un solo día.

ANSELMO

Si tú lo dices...

FEDERICO

Lo digo.

ANSELMO

Será que los haces a escondidas.

FEDERICO

Donde siempre: en el baño. *(Pausa.)* Además, si hago o no hago abdominales, es asunto mío.

ANSELMO

Luego lo reconoces.

FEDERICO

¿Que reconozco, el qué?

ANSELMO

Que no los haces.

FEDERICO

Yo no reconozco nada.

ANSELMO

Ése, ése es tu problema: que no reconoces nada.

FEDERICO

Mira, por favor, déjame, ¿eh? No me vayas a dar el día.

ANSELMO

Si al menos admitieras tus problemas, podrías hacerles frente; pero te niegas a admitir la realidad, y así nunca conseguirás nada.

FEDERICO

(Y dejando las cosas a medio colocar, se va hacia la puerta de la cocina.) ¿Y... se puede saber qué es lo que tengo que conseguir?

ANSELMO

Todo.

FEDERICO

Eso es lo mismo que no decir nada.

ANSELMO

¿Te hago una lista?

FEDERICO

No, no te molestes. Con que digas una...

ANSELMO

La tesis, sin ir más lejos.

FEDERICO

(Entrando en el salón. Con extrañeza.) ¿La tesis? Pero... Pero si la tesis hace más de treinta años que la dejé. Sin ir más lejos, dice.

ANSELMO

¿Y?

FEDERICO

Pues eso, que hace treinta años.

ANSELMO

Pero la dejaste, ¿sí o no?

FEDERICO

Sí, claro.

ANSELMO

Luego tendrás que acabarla.

FEDERICO

No sé por qué.

ANSELMO

Pues porque no hay que dejar las cosas a medias.

FEDERICO

¿Es un nuevo mandamiento de la ley de Dios o es una nueva ordenanza municipal?

ANSELMO

¿Si te pusieras a pintar una puerta, la dejarías a medias?

FEDERICO

¿Qué tendrá que ver...?

ANSELMO

Di, contesta.

FEDERICO

Supongo que no, pero es que no es lo mismo.

ANSELMO

Y **tanto** que no es lo mismo.

FEDERICO

Las cosas se hacen en función de su importancia y, sobre todo, de su utilidad.

ANSELMO

¿No irás a salirme ahora con que una puerta es más importante que una tesis?

FEDERICO

Depende de qué puerta, y de qué tesis.

ANSELMO

Eso es una majadería.

FEDERICO

Pero vamos a ver, ¿qué necesidad tengo yo de acabar la tesis? ¿De qué me vale a mí a estas alturas...?

ANSELMO

Mejoraría tu formación.

FEDERICO

¿Pero para qué? Si hace ya más de tres años que estoy jubilado.

ANSELMO

Precisamente. Ahora que tienes tiempo, podrías dedicarte por entero.

FEDERICO

Ya, pero es que la cuestión no es si tengo tiempo o no. Lo que quiero es que me digas por qué, a mis años, voy a tener que ponerme a estudiar otra vez “La evolución de los pavimentos en el Madrid de los Austrias durante la primera mitad del siglo XX”.

ANSELMO

¿A tus años? Cualquiera que te oiga...

FEDERICO

Tú dame una razón.

ANSELMO

Pues porque es un tema apasionante.

FEDERICO

Por favor, no digas tonterías.

ANSELMO

A ti te gustaba; que me acuerdo yo que ibas siempre con la cabeza baja, mirando al suelo, para no perder detalle.

FEDERICO

Siempre he andado mirando al suelo.

ANSELMO

Que te crees tú eso. De niño, me acuerdo perfectamente,

andabas con la cabeza bien alta.

FEDERICO

Además, si ni siquiera fue idea mía. Se les ocurrió a los del departamento, que querían preparar material básico para una investigación de la cátedra.

ANSELMO

¿Seguro?

FEDERICO

Sí, un estudio sobre mobiliario urbano. Y como fui de los últimos en elegir, pues ya se habían pedido los bancos, las farolas… y apenas si quedaba algo de interés.

ANSELMO

No me acordaba yo de eso.

FEDERICO

Así que entre los sumideros o el pavimento, me decidí por los adoquines, que parecía lo menos humillante. Y ése fue el motivo. Conque fíjate tú lo que me gustaba.

ANSELMO

Aun así, a mí siempre me pareció un tema apasionante.

FEDERICO

¿Lo dices en serio?

ANSELMO

Es nuestro pasado. La historia de las cosas humildes.

FEDERICO

Ahora puede que lo veas de otra manera, pero entonces, recuerdo que dijiste algo así como que iba a acabar la carrera por los suelos.

ANSELMO

Un comentario desafortunado, lo reconozco.

FEDERICO

Cruel, diría yo.

ANSELMO

Lo que pasó es que me había hecho a la idea de que investigaras el urbanismo periférico.

FEDERICO

Sí, un tema interesantísimo: “La arquitectura popular en el Pozo del Tío Raimundo”.

ANSELMO

Bueno, no exactamente.

FEDERICO

Tú y tu socialismo de opereta.

ANSELMO

Se trataba de estudiar la arquitectura de supervivencia.

FEDERICO

Pues eso.

ANSELMO

Y no sólo eso, también los orígenes de la industria del reciclaje.

FEDERICO

¿Los orígenes? El reciclaje es tan antiguo como el hombre. O si no, vete al Arqueológico y verás.

ANSELMO

Puede que de forma puntual, pero el chabolismo es la primera experiencia a gran escala de la reutilización de los materiales de desecho.

FEDERICO

Aun así, si tuviera que volver a elegir, creo que preferiría el pavimento.

ANSELMO

Porque te quedas en la anécdota. No trasciendes. Olvídate de las uralitas y de las hojalatas. No seas clasista con los materiales. Es el sistema: su fundamento y su complementariedad. De una parte, la civilización de consumo; de otra, los asentamientos marginales. ¿No ves la interrelación?

FEDERICO

Para nada.

ANSELMO

¿No ves cómo la experiencia humana se enriquece y se acumula día a día?

FEDERICO

Lo único que veo es tu afán por enredarlo todo.

ANSELMO

Y eso sin profundizar; que, a poco que hubiéramos entrado en materia, estoy seguro de que habríamos pasado del urbanismo a la filosofía.

FEDERICO

Y, ya puestos, de la filosofía a la psiquiatría. *(Pausa.)* Afortunadamente, era yo quien tenía que decidir.

ANSELMO

Y te inclinaste por el pavimento. Vamos, que por llevarme la contraria, te pusiste a los pies de los caballos.

FEDERICO

Mira, lo había olvidado. Eso también lo dijiste. Que no escatimaste sarcasmos.

ANSELMO

Como que era para maldecir en hebreo.

FEDERICO

Luego me estás dando la razón.

ANSELMO

Sí, de acuerdo, lo confieso. Al pronto me pareció ridículo. Pero luego, conforme te ibas adentrando en la investigación –el chinorro, la gravilla, el adoquinado, los primeros asfaltos...– fui siendo consciente de que también en la evolución de los pavimentos se produce esa acumulación de la experiencia: la interrelación, el magma común.

FEDERICO

Pero es que ese es tu tema, no el mío.

ANSELMO

Ese es el tema de cualquiera que tenga interés por conocer el mundo en que vive.

FEDERICO

Pues será que no tengo interés.

ANSELMO

En todo, fíjate bien en lo que te digo, en todo —también en el pavimento— está escrita la historia del hombre.

FEDERICO

No te digo que no. Pero es que eso está bien para hacer una frase; ahora, pasarse uno cinco años haciendo croquis y levantando planos... Hay que tener ganas de adoquinado.

ANSELMO

¿De verdad no te parece apasionante?

FEDERICO

Aberrante, es lo que me parece. Tanto pavimento y tanta historia del hombre.

ANSELMO

Lo siento, pero no me puedo creer que no te gustara.

FEDERICO

Pues lo que tú digas.

ANSELMO

En cualquier caso, tirar todo ese esfuerzo por la borda...

FEDERICO

Dejémoslo, ¿vale? *(Y entra en la cocina.)*

ANSELMO

¿Qué pasa? ¿Te molesta que haya sacado el tema?

FEDERICO

Pues francamente: sí. *(Mientras va colocando la compra de forma intermitente.)*

ANSELMO

Las cosas hay que hablarlas.

FEDERICO

Sí, pero es que esto ya lo habíamos hablado.

ANSELMO

Hace treinta años.

FEDERICO

Bueno, ¿y qué? Pero se habló.

ANSELMO

Las circunstancias han cambiado.

FEDERICO

No sé en qué.

ANSELMO

Bueno, en que no tienes que ir a la Gerencia; vamos, que ahora dispones de tiempo.

FEDERICO

Cualquiera diría que te molesta que me haya jubilado.

ANSELMO

Molestarme, lo que se dice molestarme... Gracia no es que me haya hecho. Pero de ahí a molestarme... Lo que sí me fastidia, y bastante, es verte todo el día mano sobre mano, ahí, puesto en la ventana; que te pareces a mi abuela.

FEDERICO

(Acercándose a la puerta.) Será cosa de familia, porque lo que es tú... *(Señalando la posición del mirador.)* Desde que te levantas, te sientas ahí, en el mirador, y hasta que anochece. *(Y vuelve a su tarea.)*

ANSELMO

No es lo mismo.

FEDERICO

¿Ah, no? Ya me explicarás. *(Rápido.)* O mejor no, ¿eh? Mejor no me lo expliques.

ANSELMO

Sabes perfectamente por qué lo hago.

FEDERICO

(Mientras guarda las bolsas.) Déjalo, ¿quieres?

ANSELMO

Tú has sacado el tema.

FEDERICO

Pues lo retiro.

ANSELMO

Me gusta imaginar que pasa por ahí. De hecho, podría ocurrir.

FEDERICO

(Con los últimos tarros en la mano.) Está muerto.

ANSELMO

Parte de él vive. O puede que viva aún.

FEDERICO

¿No te parece morboso?

ANSELMO

En absoluto. Porque él sigue vivo de algún modo. *(Para sí.)* De algún modo.

FEDERICO

No deberías obsesionarte. *(Y tras colocar los últimos tarros, cierra el frigorífico.)*

ANSELMO

¿Qué pasa, es que no vas a darme?

FEDERICO

¿El qué?

ANSELMO

El chocolate.

FEDERICO

Me olvidé.

ANSELMO

Ya, ya sé que te olvidaste, por eso te lo recuerdo.

FEDERICO

Digo que me olvidé de comprarlo.

ANSELMO

¿Cómo dices?

FEDERICO

Sí, que ya te he dicho que no lo he comprado.

ANSELMO

¿Que no lo has comprado? ¿Cómo que no lo has comprado? Además, ¿cuándo me lo has dicho?

FEDERICO

Ahora mismo, hace un momento. *(Entra en el salón.)*

ANSELMO

¿Que me has dicho...?

FEDERICO

¡Hombre!

ANSELMO

¿Seguro?

FEDERICO

Sí, claro, cuando llegué.

ANSELMO

(Con gran extrañeza.) ¿Hemos hablado... del chocolate?

FEDERICO

Sí, papá, hace un momento.

ANSELMO

¿En serio? ¿No me engañas?

FEDERICO

¿Para qué iba a engañarte?

ANSELMO

No sé, tengo la sensación de que a veces dices que hemos hablado de cosas de las que en realidad no hemos hablado, sólo para desconcertarme.

FEDERICO

¿Eso piensas?

ANSELMO

Mira, sí, es lo que pienso. Así que ya lo sabes.

FEDERICO

Pero ¿para qué?

ANSELMO

Pues eso es lo que yo me digo.

FEDERICO

(Para sí.) Qué barbaridad.

ANSELMO

Oye, por cierto, ¿de qué hablábamos hace un momento?

FEDERICO

De nada.

ANSELMO

¿Cómo que de nada?

FEDERICO

Bueno, sí, de que a veces tienes la sensación...

ANSELMO

No, no digo ahora; ahora ya sé de qué hablábamos.

FEDERICO

¿Entonces?

ANSELMO

Me refiero a lo que hablamos en la conversación esa, en la que no está muy claro si la hablamos o no.

FEDERICO

¿Pero se puede saber qué galimatías es ése?

ANSELMO

Sí, ¿que de qué hablábamos cuando...?

FEDERICO

Ay, mira, no sé, no me acuerdo.

ANSELMO

¿Que no te acuerdas?

FEDERICO

(Para sí.) ¡Dios, qué monserga!

ANSELMO

Pues te lo voy a recordar yo: del chocolate.

FEDERICO

(Rompiendo en cólera.) ¡Pero es que te has propuesto volverme loco?

ANSELMO

¿Qué te crees, que me chupo el dedo?

FEDERICO

¡Y dale!

ANSELMO

Claro, el viejo ya, como chochea...

FEDERICO

(Armándose de paciencia.) Que no, papá, que no, que estás muy joven.

ANSELMO

Sin cachondeo, ¿eh?

FEDERICO

(Para sí.) Qué cruz, Señor, qué cruz.

ANSELMO

(Desafiante.) ¿Y sabes lo que te digo?, ¿eh? ¿Sabes lo que te digo?

FEDERICO

(Resignado, tras una pausa.) ¿Qué?

ANSELMO

Que si se te olvidó, ahora mismo te vuelves por donde has venido y te subes una tableta.

FEDERICO

(Reacciona.) Bueno, vale, de acuerdo; no fue un olvido.

ANSELMO

No, si eso ya lo sabía yo.

FEDERICO

Pues claro, ¿cómo no lo vas a saber?, si estamos todos los días con lo mismo.

ANSELMO

Por tu culpa.

FEDERICO

Mira, no le des más vueltas. No puedes comer chocolate, y punto.

ANSELMO

¿Qué pasa, que no lo puedo masticar?

FEDERICO

Nadie ha dicho eso.

ANSELMO

Tengo todos los dientes.

FEDERICO

Postizos.

ANSELMO

Postizos, sí; pero los tengo. Y mira tú por dónde, a la dentadura postiza no le salen caries.

FEDERICO

Alguna ventaja tenía que tener.

ANSELMO

Así que ya lo sabes.

FEDERICO

Tú eres quien tenías que saber que, a tu edad, no se pueden hacer esos excesos.

ANSELMO

¿A mi edad? ¿Qué pasa con mi edad?

FEDERICO

Por favor, papá, no podemos estar todos los días lo mismo. Sabes perfectamente que es muy fuerte para el riñón.

ANSELMO

Pues lo será; pero, lo que es a mí, jamás me ha sentado mal.

FEDERICO

¿Ah, no? ¿Y el cólico nefrítico que te dio la semana pasada?

ANSELMO

Ya, pero eso le puede pasar a cualquiera.

FEDERICO

A cualquiera que tenga los riñones hechos trizas.

ANSELMO

¿Y tú qué sabes cómo tengo yo los riñones?

FEDERICO

Hechos una pena. O si no, pregúntale al médico.

ANSELMO

¿Al médico? Con siete años tuve yo mi primer cólico nefrítico. Conque mira tú, qué sabrá el médico.

FEDERICO

Tú eres quien lo sabe.

ANSELMO

Pues anda, que no habré tenido yo cólicos nefríticos.

FEDERICO

No, si la cosa es como para estar orgulloso.

ANSELMO

Pues no lo será, pero aquí me tienes, tan fresco.

FEDERICO

Hasta que en una de estas te vayas al otro barrio.

ANSELMO

Porque tú lo digas.

FEDERICO

Porque lo dice el médico.

ANSELMO

Como que me va a decir a mí el médico cuándo me voy a tener que morir. *(Y trata de ponerse en pie con gran esfuerzo.)*

FEDERICO

(Levantándose.) ¿Se puede saber qué haces?

ANSELMO

¿Cómo que qué hago? Ni que fueras tonto. Levantarme.

FEDERICO

(Ayudándole a levantarse.) Digo que a dónde vas.

ANSELMO

A la cocina. *(Y ya en pie, comienza a andar con extrema dificultad.)*

FEDERICO

¿No puedes decirme qué quieres y te lo traigo?

ANSELMO

Es igual, ya voy yo.

FEDERICO

Con cuidado. *(E intenta cogerlo del brazo.)*

ANSELMO

Puedo valerme perfectamente.

FEDERICO

¿Te traigo las andaderas?

ANSELMO

Mira, como vuelvas a hablarme de ese trasto, es que te echo de casa.

FEDERICO

(Para sí.) No caerá esa breva.

ANSELMO

(Refunfuñando.) ¡No te fastidia! ¡Las andaderas! Pues ya puestos, mejor el tacatá.

FEDERICO

Coge, al menos, los bastones. *(Al tiempo que va a por ellos a la bastonera y se los acerca.)*

ANSELMO

Pero qué bastones ni qué bastones, a ver si es que no va a poder uno darse un garbeo.

FEDERICO

Por favor, papá, no seas así, que puedes hacerte daño.

ANSELMO

Bueno, vale, pero sólo uno. *(Rechazando el que le da.)* No, ese no, el de plata. *(Y continúan caminando, apoyándose en él.)* Mira, uno puede ser hasta elegante; ahora, ya dos, es algo deprimente.

FEDERICO

No son para presumir.

ANSELMO

¿Ah, no? ¿Pues para qué son si no?

FEDERICO

Se ve que te gusta oírme.

ANSELMO

No, dilo, ¿para qué son?

FEDERICO

Pues para qué van a ser, para que no te caigas.

ANSELMO

(Y se revuelve, con grave riesgo de su equilibrio.) ¿Caerme? ¿Cómo caerme? ¿Y se puede saber por qué me tengo yo que caer?

FEDERICO

¡Por Dios, papá! Que no es que tengas que caerte, que es que te vas a caer si no te andas con cuidado; que no es lo mismo.

(Según pasan de una habitación a otra, se enciende

primero la cocina y, a continuación, se apaga el salón.)

ANSELMO

(Ya desde la cocina.) La manía que te ha dado, de un tiempo a esta parte, con que me tengo que caer. *(Y llega al frigorífico, y lo abre, y revuelve en su interior.)*

FEDERICO

¿Pero se puede saber qué buscas?

ANSELMO

Como si no lo supieras.

FEDERICO

¡Paciencia!

ANSELMO

Ni que fueras tonto. *(Y continúa revolviendo.)*

FEDERICO

Que es inútil. Que no hay. A ver cómo te lo voy a tener que decir.

ANSELMO

O sea, que no lo has comprado.

FEDERICO

Tú lo has dicho.

ANSELMO

¿Y se puede saber por qué?

FEDERICO

Lo siento. Me rindo. No puedo más.

ANSELMO

Oye, oye. Ni lo sientas, ni te rindas, ni te andes con evasivas. Te he hecho una pregunta muy concreta.

FEDERICO

(Irritado.) ¿Pero cuántas veces quieres que te lo repita? El médico te ha prohibido... ¿Me oyes? Te-ha-pro-hi-bi-do que comas chocolate.

ANSELMO

¿A mí? ¿Que me ha prohibido? ¿Y a mí por qué? ¿Qué le he hecho yo al médico para que tenga que prohibirme nada?

FEDERICO

Es que no es una venganza personal.

ANSELMO

¿Ah, no? Pues lo parece.

FEDERICO

Es por tus riñones.

ANSELMO

Acabáramos, eso lo explica todo. *(Entrando en el salón.)* Claro, ahora comprendo ese interés en airear lo del cólico nefrítico. Me prohíbe el chocolate y encima tiene el descaro de decir que es por mis riñones.

FEDERICO

No, encima, no. **Es** por tus riñones. *(Le sigue.)*

ANSELMO

Que la tiene tomada conmigo, eso es lo que pasa. *(Pausa.)* No sé por qué, pero está muy claro.

FEDERICO

Papá, por favor, no desvaríes.

ANSELMO

¿Que no desvaríe?

FEDERICO

Si te ha prohibido el chocolate, ha sido por tu bien.

ANSELMO

(Fuera de sí.) ¿No estarás de su parte?

FEDERICO

Anda, tranquilízate. Vamos al sillón y te tranquilizas, que no te conviene excitarte.

ANSELMO

No sin que antes aclaremos este asunto.

FEDERICO

¿Pero se puede saber qué es lo que hay que aclarar?

ANSELMO

El médico ese me ha declarado la guerra, y quiero saber de parte de quién estás.

FEDERICO

De tu parte. **Todos** estamos de tu parte.

ANSELMO

(Manteniéndole la mirada.) ¿Es todo lo que tienes que decir?

FEDERICO

Estamos de tu parte. ¿Qué más quieres que te diga?

ANSELMO

(Caminando hacia su asiento.) Está bien, está bien.

FEDERICO

(Enérgico.) Vale ya, ¿eh? Y deja de comportarte como un niño. A ver si es posible.

ANSELMO

Te lo advierto, no me faltes al respeto. *(Y, al volverse para reprimirle, da un pequeño traspiés.)*

FEDERICO

(Ofreciéndole el brazo.) ¿Quieres cogerte de una vez y dejarte ya de tonterías?

ANSELMO

Puedo perfectamente solo. *(Rechazándole el brazo.)* No necesito ayuda de este tipo. Y si de verdad quieres ayudarme, lo que tienes que hacer es enfrentarte al médico, como es tu obligación. *(Cayendo al sillón de mala manera.)* Ya está.

FEDERICO

No, si acabarás haciéndote daño. *(Y le ayuda a acomodarse.)*

ANSELMO

(Dejándose hacer.) ¿Has visto como puedo? *(Y trata de disimular el daño que se ha hecho al caer.)*

FEDERICO

Sí, ya veo, ya veo.

ANSELMO

Si por ti fuera, es que ni me levantaba de la cama. Pero aún no soy un inválido.

FEDERICO

Nadie ha dicho que lo seas.

ANSELMO

Por si lo pensabas.

FEDERICO

Ahora, tampoco es para que te las des de atleta.

ANSELMO

Cuando quieras, nos echamos una caminata, a ver quién es el que se cansa antes.

FEDERICO

No, si te parece, nos apuntamos a la maratón. *(Para sí.)* ¡No te jode!

(Y deja los bastones en la bastonera.)

ANSELMO

¡Cuidadito, eh? A ver qué forma es esa de hablarle a tu padre.

FEDERICO

Es que es verdad. Parece como si no tuvieras sentido de la realidad. *(Y se sienta en la silla más próxima a* ANSELMO*.)*

ANSELMO

Tengo muy claro la edad que tengo, si es eso a lo que te refieres.

FEDERICO

Pues no lo parece.

ANSELMO

Puede que tenga algún achaque. Ahora, nada de importancia.

FEDERICO

Vamos, que estás en plena forma.

ANSELMO

Yo me encuentro bien.

FEDERICO

Hecho un chaval.

ANSELMO

Tampoco te pases, ¿eh?

FEDERICO

Si no fuera por las piernas, claro.

ANSELMO

¿Qué pasa con mis piernas?

FEDERICO

¿Tanto te cuesta asumir la realidad?

ANSELMO

¿Pero qué realidad ni qué realidad? Tú déjate de realidad y dime, ¿eh?, dime qué les pasa.

FEDERICO

Pues que están mal.

ANSELMO

(Con gran extrañeza.) ¿Mal?

FEDERICO

¿También me lo vas a negar?

ANSELMO

Pero mal, ¿por qué?

FEDERICO

Pues porque sí; porque no les circula la sangre.

ANSELMO

(Acentuando aún más la extrañeza.) ¿A mis piernas?

FEDERICO

No, a las mías.

ANSELMO

Mis piernas están perfectamente.

FEDERICO

(Señalándoselas.) No, si no hay más que verlas.

ANSELMO

¡Acabáramos! ¿Lo dices por estas?

FEDERICO

Sí, claro.

ANSELMO

Ya, lo que pasa es que estas piernas no tienen absolutamente nada que ver conmigo.

FEDERICO

¡Ah, no?

ANSELMO

Por supuesto que no.

FEDERICO

Pues ya me dirás entonces de quién son.

ANSELMO

Y yo qué sé. Eso pregúntaselo a ellas.

FEDERICO

¿Me estás diciendo en serio que les pregunte...?

ANSELMO

Sí, claro, ellas sabrán.

FEDERICO

Mira, esto es nuevo.

ANSELMO

Oye, yo, es que no las conozco. Qué quieres que te diga. Vamos, que no sé de quién podrán ser.

FEDERICO

¿Pero cómo puedes decir que no las conoces?

ANSELMO

Y a ver, ¿por qué iba yo a tener que conocerlas?

FEDERICO

(Poniéndose en pie. Irritado.) ¡Pues porque son tuyas!

ANSELMO

¿Mías?

FEDERICO

¡Sí, papá, tuyas!

ANSELMO

¿Pero... pero qué me dices? ¿Qué me estás diciendo? ¿Pero qué tengo yo que ver con estas piernas?

FEDERICO

¿Que qué tienes que ver? Pues todo. O si no, ya me contarás qué es lo que haces con ellas puestas.

ANSELMO

Bueno, sí, eso es cierto. Las estoy usando... provisionalmente; pero eso no significa que tengan que ser mías.

FEDERICO

¿No me irás a decir que las has cogido prestadas?

ANSELMO

Pues sí. *(Pausa.)* Supongo.

FEDERICO

¿O son de alquiler?

ANSELMO

Tal vez. O, bueno… puede que no.

FEDERICO

¿En qué quedamos?

ANSELMO

Mira, no sé. Además, qué más dará. Ahora, desde luego, mías, no son.

FEDERICO

Pues si no son tus piernas —por curiosidad, sólo por curiosidad—, ¿puede saberse dónde están las tuyas?

ANSELMO

¿Las... mías?

FEDERICO

¡Sí, las tuyas!

ANSELMO

Y yo qué sé. Estarán por ahí, bailando.

FEDERICO

Ya.

ANSELMO

Siempre les gustó mucho eso de irse por ahí... a bailar.

FEDERICO

Papá, por lo que más quieras, estás perdiendo la cabeza y vas a conseguir que acabe perdiéndola yo también.

ANSELMO

Un momento, un momento, que aquí nadie ha perdido la cabeza. Una cosa es que haya perdido las piernas, que tampoco es que las haya perdido —que lo que pasa es que han salido, pero volverán—, y otra bien distinta...

FEDERICO

O sea que, según tú, tus piernas se han ido de marcha.

ANSELMO

Es lo más probable.

FEDERICO

Y ahora están por ahí… pues eso, bailando.

ANSELMO

Puede, no sé, que se hayan sentado un momento. Para descansar. Pero, vamos, lo normal es que estén bailando. Es lo que suelen hacer los fines de semana.

FEDERICO

(Poniendo el grito en el cielo.) ¡Es que es el colmo!

ANSELMO

¿Te molesta que estén bailando?

FEDERICO

¿A mí? En absoluto.

ANSELMO

Es que parece como si te molestara.

FEDERICO

Pues no, ya ves, no me molesta. Es más, me encanta. No hay nada que me haga tanta ilusión como saber que los fines de semana las piernas de mi padre se largan por ahí, a bailar.

ANSELMO

No, si te molesta, dilo abiertamente. No es preciso que te andes con rodeos.

FEDERICO

Penoso, de verdad. Es que es penoso.

ANSELMO

¿Ves? Eso ya está mejor. Las cosas, claras. Siempre te pareció ridículo que frecuentara las discotecas.

FEDERICO

Eso no es ningún secreto.

ANSELMO

Te avergonzabas, y aún te avergüenzas, de que mis piernas tengan esa facilidad... innata, para la danza.

FEDERICO

Mira, mi opinión sobre aquellos saltos y sobre aquellas posturas, digamos... peculiares, es más que conocida.

ANSELMO

La envidia, que te corroe. Eso es lo que te pasa.

FEDERICO

Patético.

ANSELMO

(Caricaturizándolo.) ¿Penoso? ¿Patético? *(Pausa.)* Tus piernas, en cambio, siempre han sido de lo más previsibles.

FEDERICO

¿Previsibles? ¿Cómo es eso?

ANSELMO

Sí... rutinarias... anodinas.

FEDERICO

Viniendo de ti, me siento halagado.

ANSELMO

Qué más hubiera querido yo, si no que hubieras

heredado mi soltura, mi sentido del ritmo, mi agilidad.

FEDERICO

Déjalo, gracias, me va bien así.

ANSELMO

Pero no. Te mueves de un modo funcional, sin instinto, sin pasión.

FEDERICO

Es posible.

ANSELMO

Vamos, que eres más bien patoso.

FEDERICO

Puede que no sea la Paulova —¿no era así como te llamaban en la discoteca?—, pero, al menos, tengo sentido del ridículo.

ANSELMO

Sí, alguien me llamó así. ¿Y qué? Además, fue sólo una vez. Y mira por dónde qué casualidad, tenías tú que estar delante.

FEDERICO

Sí, debió ser eso, una casualidad.

ANSELMO

Lo que pasa es que aquella gente no estaba muy puesta en el mundo de la danza, y debió ser el único nombre que se les vino a la cabeza. Es más, puede que no conocieran otro.

FEDERICO

¿No habían oído hablar de Nureyev?

ANSELMO

Pues mira, no sé. Ahora, si te parece, podemos buscarlos y se lo preguntamos.

FEDERICO

Se reían de ti.

ANSELMO

Puede que los pazguatos como tú se permitieran alguna burla, pero los que vivían la música, los que la sentían con todo su cuerpo, me admiraban.

FEDERICO

Ése es el quid de la cuestión: ¡te admiraban! Hubieras hecho lo que fuera por sentir sus miradas puestas en ti.

ANSELMO

Cierto, siempre me gustó sentirme en conexión con los demás. Seduciendo o provocando, pero conectado.

FEDERICO

Cuéntalo como quieras, pero lo cuentes como lo cuentes, en el fondo, todo se reduce a que eres un exhibicionista.

ANSELMO

¿Y qué tiene eso de malo?

FEDERICO

Tú mismo.

ANSELMO

Si fuera por los parques, o por los alrededores de los colegios abriéndome la gabardina para escandalizar a las colegialas...

FEDERICO

¡Sólo faltaba!

ANSELMO

Ahora, bailar, es sólo un reclamo erótico.

FEDERICO

Abrirse la gabardina, también.

ANSELMO

Sí, pero no es lo mismo.

FEDERICO

Son modos de comportarse que, como tú mismo has dicho, tienen que ver con la libido.

ANSELMO

También la salud y la enfermedad tienen que ver con el cuerpo, y eso no significa que tengan nada en común. Vamos, que no se parecen en nada. Es más, la una es la negación de la otra.

FEDERICO

Se parecen en que son desvaríos de un viejo rijoso. Que eso es lo que son.

ANSELMO

¿La salud y la enfermedad?

FEDERICO

Tus bailes y la gabardina.

ANSELMO

Pues no sé qué tiene de rijoso el ir a la discoteca.

FEDERICO

No, si no es la discoteca. Es la edad.

ANSELMO

¿La edad es rijosa?

FEDERICO

¿Pero es que no te parece vergonzoso que estabas a punto de cumplir los setenta y todavía te ibas por ahí a bailar bakalao?

ANSELMO

Pues claro, y tanto que me parece vergonzoso, pero es que es la música que ponían entonces. El bakalao siempre me pareció deleznable. Mira, a mí lo que me gusta es el rock and roll. Ya sabes: Geminis, Kim Crimson, Supertramp...

FEDERICO

Ya. Sólo que yo no me refería a la música.

ANSELMO

¿Ah, no?

FEDERICO

Me refería a tus setenta años.

ANSELMO

¿Te parece vergonzoso que tuviera setenta años?

FEDERICO

De bochorno.

ANSELMO

Pues aplícate el cuento, que a ti ya te falta poco.

FEDERICO

Sí, pero hay una diferencia: yo no voy con jovencitas.

ANSELMO

No, claro, lo tuyo es morir virgen y mártir.

FEDERICO

No me salgas con eso ahora, que sabes perfectamente a lo que me refiero.

ANSELMO

Vaya punto: setentón, virgen y mártir. *(Pausa.)* Y sí, sé perfectamente a lo que te refieres.

FEDERICO

Las cosas hay que hacerlas a su edad. Y si no se hizo en su momento, pues no se hace, y no hay que darle más

vueltas. Mira tú ahora, a mis setenta años, quiere que me ponga a ligar.

ANSELMO

No sé por qué no, si a esa edad está uno en la flor de la vida.

FEDERICO

Sí, hombre.

ANSELMO

Tú, puede que no, porque en esto la mente hace mucho. Pero no te digo: setenta, quién los pillara.

FEDERICO

Pues no sé para qué los necesitas, si con noventa todavía tienes las piernas por ahí, bailando.

ANSELMO

Ya, pero es que con tu edad no se hubieran ido solas; que me habría ido yo con ellas.

FEDERICO

(Coge el periódico de la mesa.) No tienes arreglo. *(Y se sienta en el sillón.)*

ANSELMO

(Tras una pausa.) ¿Sabes? Bailar fue lo mejor que me pasó en la vida. *(Pausa.)* También follar.

FEDERICO

¡Estupendo! *(Y abre el periódico sobre sus piernas.)*

ANSELMO

Claro que ambas cosas están estrechamente relacionadas.

FEDERICO

(Irónico.) ¿Ah, sí? Jamás lo hubiera imaginado.

ANSELMO

El cuerpo genera energía, y hay que gastarla bailando o follando, porque, de lo contrario, se te cae el pelo.

FEDERICO

No me digas que has dado con el remedio para acabar con la calvicie. Pues podías haberlo dicho antes y nos hubiéramos hecho de oro.

ANSELMO

No se cómo. Salvo que sepas el modo de cobrar un *royalty* por follar.

FEDERICO

Nada es imposible.

ANSELMO

La naturaleza nos brinda remedios gratuitos con los que paliar la calvicie. Lo que pasa es que están desprestigiados, justamente por su bajo precio. Si hubiera forma de cobrar una tasa, la gente follaría más.

FEDERICO

Eso es cierto: lo que no se paga, no se valora. *(Cerrando el periódico.)* ¿Y tú estás seguro de eso?

ANSELMO

¿De qué?

FEDERICO

De que bailando y follando no se cae el pelo.

ANSELMO

Sí, claro. *(Pausa.)* Bueno, todo lo seguro que puede uno estar en cuestiones capilares.

FEDERICO

No, lo decía porque no sé si habrás reparado en que eres calvo de solemnidad.

ANSELMO

Ya.

FEDERICO

Salvo que también el pelo se haya ido por ahí, con tus piernas. A bailar.

ANSELMO

Toda ley tiene sus excepciones. Aunque éste no sea el caso; que a mí si se me ha caído no es por mi gusto, sino por la represión.

FEDERICO

¿La represión?

ANSELMO

Me tienes secuestrado. Y así no hay forma de alternar. ¿Cómo quieres que conserve el pelo, con la vida carcelaria que llevo?

FEDERICO

Pero si haces lo que te da la gana.

ANSELMO

Ah, ¿sí? ¿Entonces por qué cierras la puerta con llave?

FEDERICO

Para que no te pierdas. *(Pausa.)* La última vez que saliste solo...

ANSELMO

Hace veinte años.

FEDERICO

... tardamos una semana en encontrarte.

ANSELMO

Porque el autobús se equivocó de ruta, que lo que es yo, me sé el camino perfectamente.

FEDERICO

¿Y las veces anteriores?

ANSELMO

El autobús; también el autobús. Es que ese autobús se equivoca mucho.

FEDERICO

Pues sería culpa del autobús. Ahora, yo, como comprenderás, no estoy dispuesto a pasarme la vida buscándote. *(Pausa.)* Además, eso son pamplinas, chifladuras tuyas. Yo tampoco salgo a alternar —no digamos ya a bailar— y mira el pelo tan sano que tengo.

ANSELMO

Se te caerá, seguro. *(Pausa.)* Claro que también puede ser que no generes la suficiente energía. Siempre lo pensé. Ya de niño, te miraba: tan formal, tan comedido, y pensaba: “Este niño no genera energía, no me extrañaría que nos saliera abúlico sexual. Es más, puede que ni siquiera se le caiga el pelo”. Y ya ves, no andaba tan descaminado: estás a punto de cumplir los setenta y mis temores se han hecho realidad.

FEDERICO

Acabaremos en el siquiátrico.

ANSELMO

¿Es que no lo estamos?

FEDERICO

Tú, de loco, claro.

ANSELMO

Y tú, de loquero.

FEDERICO

Ingenioso.

ANSELMO

Hijo, aún estás a tiempo. Vete a la calle y baila. No sé, folla. Haz algo imprevisible.

FEDERICO

¿Bailar y follar? ¿Eso es para ti algo imprevisible?

ANSELMO

Para mí no, pero para ti sí.

FEDERICO

(Levantándose.) Sigues todavía con el rollo de los sesenta: sexo, droga y rock and roll.

> *(*FEDERICO *deja el periódico en el sillón y va hacia la cocina.)*

ANSELMO

Sí, eso era lo que se decía: sexo, droga y rock and roll. Aunque ese no fue exactamente mi lema.

FEDERICO

(Sin entrar. Desde la puerta de la cocina.) ¿Qué te apetece cenar?

ANSELMO

Por fortuna, yo ya tenía edad más que suficiente para sortear los peligros.

FEDERICO

¿Te preparo unas espinacas?

ANSELMO

Supongo que sería por llevar la contraria, pero el caso es que ni la probé. En la discoteca —el «MM», se llamaba— era casi obligatorio. Estaba tan a la mano, estaba tan... tan... —vamos, que casi te la regalaban—, que puse mi orgullo en ser el único que no la había probado.

FEDERICO

Déjalo, ¿quieres?

ANSELMO

Decía... Les decía que yo generaba mi propia droga. Y era verdad. Cuando bailaba, había un momento... Tenían que pasar horas, pero cuando estaba al borde de la extenuación, sentía como un fluido en el cerebro, y es que me transformaba. No te puedes imaginar qué bienestar. Era un estado sobrenatural —en sentido laico, se entiende—, aunque, eso sí, con una cierta dimensión cósmica. *(Rápido.)* Ya, ya, ya; ya sé que suena a flipe.

FEDERICO

Más bien.

ANSELMO

Pero era así. Era como si encontrara mi lugar. No sé, yo siempre me sentí ajeno, pero en esos momentos me integraba en un todo. Y conectaba. Conectaba incluso conmigo.

FEDERICO

¿No crees que deberíamos cenar?

ANSELMO

Siempre pensé que debía ser algo parecido a cuando, en África, los negros bailan alrededor de la hoguera. Puede que también ellos, girando en torno al fuego, encuentren su lugar en el universo. *(Pausa.)* Hay que esforzarse. Y mucho. Pero cuando estás al borde de la extenuación, algo fluye dentro de ti y se alcanza el éxtasis.

FEDERICO

Sí, papá, las endorfinas.

ANSELMO

Cierto, las endorfinas. La ciencia, que desentraña los misterios. Y está bien, aunque prefiero la versión literaria, le da otra dimensión. *(Pausa.)* ¿Sabes que los amigos estaban convencidos de que me ponía? Decían que estaba colocado. Y mira que lo veían con sus propios ojos. Aun así, nunca llegué a convencerles de que jamás la había probado. Sólo sexo y rock and roll, pero nada más.

FEDERICO

(Algo harto.) Sí, papá, siempre has sido muy sano.

ANSELMO

Gracias a mi entrenador de atletismo. Él me convenció para que dejara de fumar. *(Pausa.)* ¿Te he contado alguna vez cómo fue que dejé de fumar?

FEDERICO

¿Tú qué crees?

ANSELMO

Sí, puede que me repita. Pero es inevitable, salvo que me pusiera a inventar historias. Y no se trata de eso.

FEDERICO

¿Ah, no? ¿De qué, entonces?

ANSELMO

(Tarda en contestar.) De que no se escape el pasado. *(Pausa.)* Supongo. *(Tras una nueva pausa.)* Sí, unas espinacas pueden estar bien.

*(*FEDERICO *entra en la cocina y saca del congelador un bloque de espinacas.)*

ANSELMO

¿Me alcanzas el periódico?

*(*FEDERICO *deja las espinacas en la encimera, vuelve al salón con las gafas y el periódico.)*

ANSELMO

¿Trae algo de interés?

FEDERICO

(Dándole las gafas.) No sé, no lo he leído, sólo lo miré por encima.

ANSELMO

(Coge las gafas y se las guarda en el bolsillo.) Me gustaría saber por qué cada vez hacen la letra más pequeña.

FEDERICO

(Le da el periódico y vuelve a la cocina.) No pasaría nada si te pusieras las gafas. Todo el mundo las necesita a partir de los cuarenta.

ANSELMO

Eso quien las necesite. *(Y lee con cierta dificultad.)* "Enfrentamientos en Sierra Perija entre la guerrilla y las fuerzas gubernamentales". *(Alzando la vista.)* ¿Ves? Perfectamente.

FEDERICO

(Mientras cocina.) Ya, pero con gafas podrías leerlo entero, y no sólo los titulares.

ANSELMO

Es que no sé a qué viene esa manía que les ha dado de hacer la letra tan pequeña.

FEDERICO

No es ningún drama admitir que se tiene la vista cansada.

ANSELMO

Que te crees tú eso. La posición hay que defenderla hasta el final. Bajas la guardia, cedes en lo más mínimo, y ése puede ser el principio de la derrota.

FEDERICO

Pero no puede uno vivir como si el mundo fuera un campo de batalla.

ANSELMO

¿Es que no lo es?

FEDERICO

Pues no. *(Y pone el cazo sobre la placa vitrocerámica.)*

ANSELMO

Otra cosa es si debería serlo, pero lo es. Por eso hay que vivir en estado de alerta, y con todo el cuerpo movilizado. Especialmente, los ojos, que, al parecer, son propensos a la vagancia. Como los abdominales, que también se las traen.

FEDERICO

O sea que, según tú, deberíamos hacer una tabla de gimnasia ocular.

ANSELMO

(Sacando las gafas del bolsillo.) No te quepa la menor duda. Hay que forzar la vista, mantenerla activa, para que no se apoltrone. *(Mostrándolas.)* Que así, con tantas comodidades, es como se viene uno abajo, y no... comiendo chocolate. *(Pausa.)* ¡Vista cansada! Lo que inventa la gente para no tener que esforzarse.

(Aprovechando que FEDERICO *no le ve,* ANSELMO *se pone las gafas y hojea el periódico.)*

ANSELMO

Creo que han vuelto a venderte el de ayer.

FEDERICO

(Sin darle la menor importancia.) ¿Tú crees?

ANSELMO

Te diré.

FEDERICO

Mira la fecha.

ANSELMO

(Tras mirársela.) Sí, la fecha sí, pero el resto... *(Se quita las gafas y las deja en la mesita.)*

FEDERICO

Las noticias se arrastran de un día para otro. No querrás una guerra nueva cada mañana.

ANSELMO

Ni nueva, ni la misma, ni ninguna. *(Y tira el periódico.)* Ojalá no hubiera periódicos, ni noticias que contar.

FEDERICO

(Asomándose a la puerta de la cocina.) ¿Qué te pasa ahora?

ANSELMO

Yo estuve en la guerra, ¿sabes?

FEDERICO

(Sin poder contener la risa.) Papá, que no eres tan viejo.

ANSELMO

Puedes reírte todo lo que quieras, pero sé muy bien lo que me digo.

FEDERICO

No me estoy riendo. Es que me ha hecho gracia.

ANSELMO

Pues no es cosa de risa.

FEDERICO

Perdona.

ANSELMO

¿O qué crees que fue aquello, si no?

FEDERICO

Ah. No sabía a qué te referías.

ANSELMO

Y bueno, vivir es eso: batallas, batallas y batallas. *(Pausa.)* Y hay peleas que ennoblecen: luchar contra el tiempo, contra la enfermedad, contra el destino. Aquella, en cambio, no; aquella fue una guerra de venenos. *(Pausa.)* Envilecida. Cuando me pregunto por los amigos, recuerdo la discoteca y se me antoja un campo de batalla con heridos y prisioneros.

FEDERICO

Por favor, no vuelvas con eso ahora. *(Entra en el salón.)*

ANSELMO

También cadáveres.

FEDERICO

¿Quieres no darle más vueltas?

ANSELMO

Muchos cadáveres.

FEDERICO

Ya está bien, déjalo ya.

ANSELMO

Tu hermano fue uno de ellos.

FEDERICO

¿Pero no ves que te excitas y luego no duermes?

ANSELMO

Siempre se habla de aprehensiones, de capos, de sobredosis, pero es una guerra tan absurda como todas las demás, con gentes que sufren y otras que se benefician.

FEDERICO

Vale ya, ¿no?

ANSELMO

Yo escapé ileso porque supe sortear los peligros. O porque tuve suerte. Tu hermano no. Ni yo supe ayudarle.

FEDERICO

Deja de torturarte. No se adelanta nada y lo único que consigues es ponerte nervioso.

ANSELMO

¿Estoy nervioso?

FEDERICO

No. Pero luego no duermes.

ANSELMO

No duermo de todos modos.

FEDERICO

Pero de eso hace ya más de cincuenta años.

ANSELMO

¿Y qué?

FEDERICO

Pues que pertenece al pasado.

ANSELMO

Cuando ya lo has vivido todo, ¿qué vas a hacer? Pues recordar el pasado.

FEDERICO

Sí, pero no te hace bien.

ANSELMO

(Bromea amargamente.) Qué remedio, “la vida es una enfermedad que acaba matándote”.

FEDERICO

Ya, y “vivir es cancerígeno”, que también se decía.

ANSELMO

Sí, la ironía es un buen bálsamo. *(Pausa.)* En fin, anda, ve a lo tuyo, que se te van a quemar las espinacas.

*(*FEDERICO *reacciona y corre a la cocina.)*

FEDERICO

¡Vaya por Dios! Si no me avisas... *(Añadiéndoles agua.)* A punto de achicharrarse. Vamos, en un tris. *(Y vuelve al salón.)*

ANSELMO

Siempre tuve muy buen olfato. Y lo sigo teniendo. Es lo que mejor conservo.

FEDERICO

(Recoge el periódico del suelo y lo ordena sin abrirlo.) ¿Has visto si ponen algo interesante?

ANSELMO

¿Interesante?

FEDERICO

Sí, alguna película.

ANSELMO

Es de suponer que en alguno de los cinco mil canales habrá algo interesante. Ahora, a ver quién es el guapo que se pone a buscarlo.

FEDERICO

(Mientras dobla el periódico.) Luego probamos varios, a ver si hay suerte.

ANSELMO

El problema no es si hay algo interesante, que lo habrá; el problema es si nos interesa. Hace ya más de veinte años que llegué a la conclusión de que me da igual que se casen o que se maten. Los miro, pues por eso, porque como se mueven...

FEDERICO

(Dejando el periódico en la mesita.) La verdad es que me está ocurriendo algo parecido.

ANSELMO

Son historias ajenas, historias para perder el tiempo, y no está el tiempo como para perderlo. Antes, sí; recuerdo que me interesaban, pero últimamente vienen a mi memoria historias que ya había olvidado por completo, pero que son mías, que forman parte de mí. Y no digo que sean mejores —aunque algunas sí, ya lo creo—, pero a mí me divierten mucho más.

FEDERICO

(Volviendo a la cocina.) En fin, ya veremos luego sobre la marcha. *(Y se pone a trajinar.)*

ANSELMO

(Tras una larga pausa.) ¿Te he contado alguna vez cómo

conocí a tu madre?

FEDERICO

(Desde la puerta de la cocina.) Unas trescientas veces, aunque puede que sean quinientas. En cualquier caso, no me gustaría oírlo ni una vez más.

ANSELMO

Eso sí que es una historia. *(Pausa.)* ¿Has visto alguna vez algo parecido en televisión?

FEDERICO

Por supuesto que no.

ANSELMO

Y es que donde esté la vida, que se quiten las películas. *(Disponiéndose a contar.)* Siéntate, siéntate y verás.

FEDERICO

Es que ya casi están las espinacas.

ANSELMO

Pero si es un momento.

FEDERICO

(Sin convicción.) Papá, otra vez no. *(Y entra en el salón.)*

ANSELMO

Estaba yo masturbándome en el retrete del hotel...

FEDERICO

¡Buen comienzo!

ANSELMO

¡A que sí! *(Pausa.)* Era un hotel de playa, de veraneo. Y estaba muy bien, sólo que entonces no se estilaban las habitaciones con baño, y nada más que había uno para toda la planta. *(Instándole.)* Pero siéntate.

FEDERICO

(Sentándose resignado.) Conozco el hotel como si hubiera estado en él toda la vida. Así que no es preciso que me lo describas.

ANSELMO

Solíamos ir todos los veranos. Y a partir de aquel año, su familia también. Que así fue como se consolidó la relación. El caso es que debí olvidarme de echar el pestillo. Y allí estaba yo, sentado en el retrete y con los pantalones en los tobillos, todo convulso y sudoroso, cuando se abrió la puerta de par en par... y apareció ella.

FEDERICO

¿No te parece... inadecuado?

ANSELMO

Teníamos trece años. De los de entonces. Y esas cosas con trece años tienen otro significado.

FEDERICO

Tendrán el significado que quieras, pero no son cosas para andarlas contando. Y menos a tu hijo.

ANSELMO

¿Qué hago? ¿Dejo que la historia se extinga conmigo?

FEDERICO

Pues mira, sería una solución.

ANSELMO

Lo que pasa es que tú tienes los ojos sucios, pero yo quisiera que lo hubieras visto.

FEDERICO

Es... como si lo hubiera visto.

ANSELMO

Llevaba un vestido blanco sin mangas, con el talle muy ajustado y la falda con mucho vuelo. Estaba preciosa. *(Queda pensativo.)* Y no creas que se asustó. Nada, ella como si tal cosa. Ya sabes cómo era tu madre: tan sencilla, tan natural. Entró tan campante y, conforme avanzaba hacia mí, preguntó sin dejar de sonreír: "¿Qué haces?". "Pues ya ves", le dije yo, algo cortado. Acabábamos de vernos por primera vez y era como si nos conociéramos de toda la vida. "¿Te importa que mire?", dijo sin quitar ojo. "No, qué va, mira si quieres, pero échate a un lado, no sea que te salpique".

FEDERICO

Muy considerado, por tu parte.

ANSELMO

Yo es que entonces expelía con mucha fuerza, no como ahora.

FEDERICO

Por favor, papá, cuéntalo si es que no hay más remedio, pero no te recrees en los detalles.

ANSELMO

Es que hay cosas que no hay más remedio que explicarlas, porque si no, es que no se entienden.

FEDERICO

Mira, no se entienden ni explicándolas.

ANSELMO

Pues por eso. *(Pausa.)* Una vez llegué a estamparlo en el

techo. Impresionante. Oye, no creas que es fácil.

FEDERICO

Ya, ya me imagino.

ANSELMO

Lo malo fue la mancha, que no había forma de quitarla. Qué apuro. Menos mal que nadie sospechó de lo que era.

FEDERICO

Es que no es corriente. No sé, si hubiera sido en el pijama, todavía. Pero en el techo...

ANSELMO

Sí, afortunadamente, el enigma quedó sin resolver. *(Reacciona y vuelve a la historia.)* Y bueno, que tu madre agradeció la advertencia, se sentó en la bañera, muy formalita, y allí esperó a que acabara, sin perder detalle. “Qué interesante, ¿no?”, dijo observando el resultado.

FEDERICO

¿En el techo?

ANSELMO

¡No, hombre, no!, en la pared. Lo normal era en la pared. Lo del techo fue algo... excepcional.

FEDERICO

Pues, ya puestos, para mí que la ocasión lo requería.

ANSELMO

Es... posible, pero mira, fue en la pared, qué quieres que te diga. *(Pausa.)* Y no me cortes, que se me va el hilo.

FEDERICO

Vale, vale.

ANSELMO

“O sea, que es de ahí de donde salen los niños”, dijo tu madre, mientras lo observaba con curiosidad. “Sí, eso dicen”, le contesté, “aunque yo no he visto ninguno, todavía”. Tu madre se echó a reír. “Claro, tonto, porque no es así, tirándolos de cabeza contra los azulejos”. La verdad es que yo no estaba muy puesto, pero tu madre sí, y, a su manera, me lo explicó: “Tú tienes que dármelo a mí, y entonces yo lo guardo entre las piernas hasta que sea lo bastante grande como para poderlo meter en la cuna”. Aquello me hizo pensar, aunque no me acuerdo muy bien de qué fue lo que pensé. Y, cogidos de la mano, nos quedamos un rato viendo cómo aquel niño, tan pequeño, resbalaba por los baldosines. *(Pausa.)* ¿No te parece conmovedor?

FEDERICO

Muy... romántico.

ANSELMO

Diez años tardamos en averiguar cómo se hacía, pero al final dimos con la tecla sin que nadie nos lo explicara.

FEDERICO

(Para sí.) Enhorabuena.

ANSELMO

Y ya ves. *(Señalándolo.)* He aquí el resultado.

FEDERICO

¿Lo dices por mí?

ANSELMO

¿Por quién si no?

FEDERICO

(Poniéndose en pie.) Pues qué bien.

ANSELMO

Tú fuiste el primero, ¿no?

FEDERICO

(Con resignación.) Sí, me temo que sí.

ANSELMO

¿Y no te parece emocionante?

FEDERICO

(Irónico.) No sabes cómo me enternece oírtelo contar.

ANSELMO

Porque eres un descastado.

FEDERICO

¿Piensas realmente que debería echarme a llorar?

ANSELMO

Nadie ha dicho eso. Pero, al menos, podías escucharme con respeto.

FEDERICO

¡Con respeto?

ANSELMO

Ojalá mi padre me hubiera contado los pormenores de mi engendración.

FEDERICO

¿No te parece aberrante?

ANSELMO

Para nada. Es más, debería ser una costumbre familiar.

FEDERICO

La transmisión oral. Con la repetición de las jugadas más interesantes.

ANSELMO

Aunque ya supongo que habrá casos en los que sea preferible que jamás se hable del tema.

FEDERICO

Para **eso** se inventó la intimidad.

ANSELMO

Ya ves, pues a mí me hubiera gustado. Pero mi padre era hombre de pocas palabras, y nunca dijo nada... de nada.

FEDERICO

El abuelo, lo que pasa, es que era una persona normal y jamás se le hubiera ocurrido contar una cosa así. Claro que tampoco creo que viviera una cosa así. Es más, no creo que nadie haya vivido una cosa así. Puede que ni tú.

ANSELMO

¿Estás insinuando que me lo invento?

FEDERICO

Qué más dará que te lo inventes o no. Para mí ya es más que suficiente con que me lo cuentes.

ANSELMO

(Desentendiéndose.) En fin, qué se puede esperar de un hijo que le niega el chocolate a su padre.

FEDERICO

(Reacciona.) No, si acabarán quemándose. *(Y corre hacia la cocina, y retira la olla del fuego.)*

ANSELMO

¿Se quemaron?

FEDERICO

Por poco, ya estaban sin agua.

ANSELMO

Menos mal.

FEDERICO

(Mientras las escurre.) Iba a rehogarlas, pero mejor las preparo a la catalana, no sea que nos siente mal el ajo.

ANSELMO

(Travieso.) Sí, quita, quita, déjate de ajo, que el ajo es afrodisíaco y luego se nos empina.

FEDERICO

(Desde la puerta de la cocina.) ¡Un respeto, papá, que soy tu hijo!

(De nuevo en la cocina, FEDERICO *echa las espinacas en la sartén y les añade pasas y piñones. Mientras,* ANSELMO*, tras dar muestras de inquietud, se levanta con gran esfuerzo y trata de caminar.)*

FEDERICO

¿Quieres que prepare también un consomé?

ANSELMO

Rápido, rápido, ayúdame.

FEDERICO

(Acude corriendo.) ¿Qué pasa?, papá, ¿qué te pasa?

ANSELMO

Vamos, corre. *(Y se coge a él.)*

FEDERICO

(Ayudándole a caminar.) Venga, tranquilo.

ANSELMO

Rápido, que no llego. *(Caminando hacia el servicio.)*

FEDERICO

Es igual, no te preocupes.

ANSELMO

¡Cómo va a ser igual?

FEDERICO

Tranquilo, que sí llegas.

ANSELMO

¡Ay, ay, ay!

FEDERICO

Aguanta un poco.

ANSELMO

¡Si es que no puedo!

(Al entrar en el servicio, se apaga el salón. Su imagen, menos nítida, se sigue vislumbrando tras las paredes, según camina hacia el váter.)

FEDERICO

¿Ves? Ya estamos llegando.

ANSELMO

¡Ay, ay, por Dios! ¡Ay, ay, ay!

(De espaldas al público, y dando saltitos ante la taza del váter, trata de bajarse la cremallera.)

FEDERICO

Papá, tranquilo.

ANSELMO

(Por la cremallera.) Si es la cremallera, que se atranca.

FEDERICO

Deja, yo te la bajo.

ANSELMO

Ya, ya puedo yo. *(Pausa.)* ¡Uhm!

FEDERICO

¿Ves como llegábamos?

ANSELMO

¡Uhm! *(Pausa.)* Señor, qué apuro. *(Pausa.)* Uhm.

FEDERICO

Si es que te agobias enseguida, pero ¿ves como da tiempo?

ANSELMO

Da hasta que no dé.

FEDERICO

Pues si no llegas, no llegas, y no pasa nada. Además, si no fueras tan cabezón, te pondrías el pañal y no tendríamos que andar con estas prisas.

ANSELMO

Ni loco. Vamos, hombre, me voy a poner yo semejante cosa.

FEDERICO

Pues si es necesario, se pone y listo. Mira tú el problema.

ANSELMO

(Enérgico.) No quiero volver a hablar del tema. ¿Estamos? *(Pausa.)* Y vámonos, que esto ya está.

FEDERICO

Tranquilo, que no hay prisa. Y deja que escurra bien.

ANSELMO

Que ya está, te digo. ¿No ves que no gotea?

FEDERICO

(Dándole un trozo de papel higiénico.) Toma, anda, y sécate. *(Tira de la cisterna.)*

ANSELMO

(Tratando de subirse la cremallera.) Nada, que se atasca.

FEDERICO

Si te pusieras el pantalón del chándal, no te pasaría eso.

ANSELMO

¿Y si tengo que salir de improviso?

FEDERICO

Papá.

ANSELMO

Una cosa es que tú no me dejes, y otra que yo no me arregle. Por si acaso.

FEDERICO

(Por la cremallera.) ¿Te ayudo?

ANSELMO

(Sin dejarse ayudar.) Nada, que no hay manera.

*(*ANSELMO *y* FEDERICO *vuelven al salón.)*

FEDERICO

O si no, mira, déjatela así.

ANSELMO

Sí, hombre. A jaula abierta, pájaro muerto.

FEDERICO

¿Es que no lo está?

ANSELMO

Por supuesto que no.

FEDERICO

No he dicho nada. No he dicho nada, ¿eh? Lo retiro.

ANSELMO

Lo que faltaba.

FEDERICO

Que lo retiro.

ANSELMO

No digo yo que sea como cuando tenía trece años pero, vamos, que da su juego.

(Ambos a un tiempo, perciben el olor a quemado que llega de la cocina.)

ANSELMO

¡Las espinacas!

FEDERICO

Sujétate ahí. *(Y corre hacia la cocina.)*

*(*ANSELMO *se sujeta a la silla.)*

FEDERICO

(Apartando la sartén del fuego.) ¡Mierda!

ANSELMO

Se quemaron, ¿no?

FEDERICO

Hechas un carbón. *(Venteando el humo.)*

ANSELMO

(Tras subirse la cremallera.) Por fin.

FEDERICO

Y anda que ahora la humareda...

ANSELMO

Abre la ventana o se pondrá la casa perdida. *(Y, apoyándose en la mesa, continúa andando hacia el sillón que hay junto al mirador.)*

FEDERICO

(Tras abrir la ventana de la cocina y mientras tira las espinacas en la basura.) Estaba escrito que hoy no cenábamos espinacas.

ANSELMO

(Deteniéndose para hablar.) No digo yo que no estuviera escrito, aunque no sé quién puede tener interés en escribir una cosa así. *(Continúa en precario, mas vuelve a detenerse para hablar.)* Si te parece, cenamos un poco de queso. *(Y según trata de acercarse al sillón, da un traspié.)*

FEDERICO

Qué remedio. *(Al reparar en que su padre está a punto de caerse, corre hacia él.)* Pero ¿se puede saber qué haces? *(Y lo coge por el codo.)* No, si acabarás cayéndote.

ANSELMO

Y dale con que me tengo que caer.

FEDERICO

Tú no cojas los bastones...

ANSELMO

Anda, acércame al sillón, que ya me caeré otro día. ¡No te fastidia!

FEDERICO

¿No sería mejor que nos sentáramos a la mesa?

ANSELMO

Para lo que vamos a cenar, aquí mismo, en el mirador. Pones un poco de queso en la bandeja y, por mí, ya vale.

FEDERICO

(Ayudándole a sentarse.) Con cuidado.

ANSELMO

(Ya sentado.) ¿Ves? Tan ricamente. Me lo acercas aquí y, mientras ceno, veo pasar la gente.

FEDERICO

No sé qué gente, a la hora que es.

> *(*FEDERICO *vuelve a la cocina, acaba de recoger el desaguisado de las espinacas y comienza a preparar las bandejas con queso, fruta, colines y agua.)*

ANSELMO

Eso es verdad, cada vez se encierran antes. Europa, que acabará amargándonos hasta el trasnochar. Porque yo entiendo que en Bruselas se acuesten temprano. Bueno, yo, si viviera en Bruselas, es que ni me levantaba. Pero aquí, que da gloria andar por ahí, sin rumbo fijo... *(Pausa.)* ¿Te he contado alguna vez mis paseos con la pandilla?

FEDERICO

Sí, papá, me los has contado.

ANSELMO

(Pausa.) ¿Los paseos por las Rondas?

FEDERICO

Sí, los paseos por las Rondas.

ANSELMO

(Pausa.) ¿Y cuando íbamos a cazar gamusinos?

FEDERICO

También.

ANSELMO

Ya. *(Pausa.)* ¿Y cuando subíamos a Tirso de Molina a ver las putas?

FEDERICO

Eso, lo que más.

ANSELMO

Es que, si nos ponemos así, va a resultar que te lo he contado todo.

FEDERICO

(Sale de la cocina llevando una bandeja.) Tú lo has dicho.

(Y según viene ocurriendo, la luz de la cocina se apaga.)

ANSELMO

¿Quieres fijar la luz, que me está poniendo nervioso con tanto encenderse y apagarse?

FEDERICO

(Coloca la bandeja en el sillón.) Perdona. *(Y con un mando a distancia, vuelve a encender la cocina, que, en lo sucesivo, no volverá a acusar las entradas y salidas.)*

ANSELMO

Pues fíjate, no era yo muy de salir de noche. *(Empieza a comer.)* Aun así, guardo un buen recuerdo de aquellas caminatas.

FEDERICO

Sí, papá. *(Y vuelve hacia la cocina. Toma otra bandeja y la acerca a la mesa.)*

ANSELMO

¿No te importará que te las cuente de nuevo?

FEDERICO

No, papá; menos lo de las putas, puedes contarme lo que quieras. *(Y se sienta a la mesa.)*

ANSELMO

La noche era otro mundo, **otra** realidad. Durante el día, todo era un asco, pero de noche eras tú mismo.

FEDERICO

Anda, come. *(Y él también lo hace.)*

ANSELMO

(Hablando mientras come.) Así se decía: “Tío, sé tú mismo”. Y yo me pregunto ¿quiénes somos, eh? ¿Quiénes somos en realidad? He sido tantos y tan distintos.

FEDERICO

¿Quieres comer?

ANSELMO

En la discoteca había una tía muy enrollada que, cuando me veía bailando, me lo decía: “Tío, bailando eres tú mismo”. No digo yo que fuera un gran pensamiento, pero era la pura verdad. Cuando bailaba y conectaba con los demás, era cuando realmente conseguía ser yo mismo. *(Y queda ensimismado.)*

FEDERICO

(Al advertirlo.) ¿Quieres no dejar de comer?

ANSELMO

Si estoy comiendo. Además, está muy bien, muy blandito y muy bien. *(Pausa.)* Claro que con un poco de chocolate hubiera estado mejor.

FEDERICO

Papá, no me agotes.

ANSELMO

(Se vuelve y lo mira con extrañeza, también divertido.) ¿Papá? ¿Cómo papá? ¿Qué es eso de papá? Yo no soy su padre.

FEDERICO

¡Arrea! *(Para sí.)* Pues sí que estamos buenos.

ANSELMO

Además, ¿usted quién es?

FEDERICO

Tu hijo.

ANSELMO

Pero no diga tonterías. ¿Cómo va a ser mi hijo? *(Para sí.)* Qué barbaridad, ¡mi hijo!, cuando podría ser mi padre. *(A* FEDERICO*.)* Mire, señor, mi hijo no tiene bigote. Es más, ni se afeita. Conque figúrese.

FEDERICO

Vaya por Dios. *(Para sí.)* A saber en qué año estaremos.

ANSELMO

(Mirando a hurtadillas, mientras come.) Y... ¿quién ha dicho que es?

FEDERICO

Anda, come.

ANSELMO

¿O no lo ha dicho?

FEDERICO

¿Quieres acabar de cenar, y luego hablamos?

ANSELMO

Ha sido el médico, ¿no?

FEDERICO

¿El médico?

ANSELMO

Sí, ha sido él quien le ha mandado para que me vigile. *(Tras una pausa.)* Oiga, si no quiere, no tiene por qué contestar. Ya imagino que estará usted obligado por el secreto profesional.

FEDERICO

(Sonriendo.) Por favor, anda, déjalo ya.

ANSELMO

El caso es que su cara me resulta familiar. ¿Nos hemos visto antes en alguna parte?

FEDERICO

Yo juraría que sí.

ANSELMO

No, si ya decía yo.

FEDERICO

¿Es que no te vas a comer el plátano?

ANSELMO

(Coge el plátano y lo monda parsimoniosamente.) ¿Sabe? Me recuerda a mi abuelo. *(Y muerde el plátano.)* No sé, le da un aire. *(Mastica.)* Curioso, ¿verdad? *(Y vuelve a comer.)*

FEDERICO

Sí.

ANSELMO

¿Cree que lo habrá hecho adrede?

FEDERICO

¿El qué?

ANSELMO

Que si lo habrá elegido a usted por su parecido con mi abuelo.

FEDERICO

¿Pero, elegirme, quién?

ANSELMO

El médico.

FEDERICO

¿Y por qué iba a hacer una cosa así?

ANSELMO

(Confidencial.) Le diré, siempre me pareció algo... retorcido. *(Y continúa comiendo.)* Porque a usted le ha mandado el médico. Lo acaba de admitir.

FEDERICO

Anda, acaba de una vez.

ANSELMO

Fíjese que a mí, en realidad, me da igual. Me gusta, sí; pero vamos, que puedo pasar perfectamente. *(Y le da el último bocado.)* Sin embargo, al médico, hay que ver la obsesión que le ha dado con que no coma chocolate.

FEDERICO

(Se levanta y va hacia él.) ¿Ya? *(Refiriéndose a la bandeja.)*

ANSELMO

Sí. *(Y se la da.)*

*(*FEDERICO *la lleva a la cocina.)*

ANSELMO

Creo que acabaré por dejarlo. *(Pausa.)* De hecho, si no fuera por el médico, lo habría dejado ya.

*(*FEDERICO *vuelve al salón.)*

ANSELMO

Acércame el almohadón.

*(*FEDERICO *se lo acerca y lo acomoda.)*

ANSELMO

Porque no me sienta bien, ¿sabe?

FEDERICO

Sorprendente. ¿Ves?, eso sí que es una novedad. *(Y lleva la otra bandeja a la cocina.)*

ANSELMO

Pero como te lo prohíben... Les gusta prohibir para que te sientas culpable. Ahora, que a mí...

*(*FEDERICO *vuelve al salón.)*

ANSELMO

¿A usted le gusta algo prohibido?

FEDERICO

(Cogiendo el cenicero.) No especialmente.

ANSELMO

¿En serio?

FEDERICO

(Se sienta en el sillón.) ¿Por qué iba a mentirle?

ANSELMO

Algo habrá que le guste.

FEDERICO

(Tomando un cigarrillo.) Pues... no.

ANSELMO

¿No hay nada que le guste?

FEDERICO

Ah, mire, pues sí. Me gusta darle un par de caladas después de las comidas.

ANSELMO

Pues no sabe en la que se ha metido. Si las tabacaleras consiguen pasar a la clandestinidad, tal como tienen previsto, se convertirá en un proscrito. *(Pausa.)* Yo, en su lugar, dejaría esa actitud de sabueso y aceptaría que su situación no es mucho mejor que la mía.

FEDERICO

(Deja el cigarrillo en el cenicero y, tras una pausa.) Te estás quedando conmigo, ¿no?

ANSELMO

¿Cómo dice?

FEDERICO

Sabes perfectamente quién soy.

ANSELMO

Sí, claro, el espía del médico.

FEDERICO

¿El espía?

ANSELMO

Bueno, el ayudante, no pretendía ofenderle.

FEDERICO

Dejémoslo.

ANSELMO

Aunque tendrá que reconocer que le han encomendado funciones de espía. Ya, ya imagino que es un empleo provisional. Aun así, convendrá conmigo en que eso de espiar a la gente es un trabajo francamente indigno.

FEDERICO

No tengo ni pizca de sueño, pero si sigues así, me parece que nos vamos a ir a la cama.

ANSELMO

¿Es que he dicho algo que no sea verdad? Puede que no se lo parezca porque usted es uno de ellos. Pero indigno, es un rato indigno.

FEDERICO

¿De ellos? ¿De quiénes?

ANSELMO

¡Huy! Si hubiera forma de saberlo. ¿O en qué cree que consiste el anonimato? Mire, hágame caso y deje de hacerles el juego. A la gente hay que darle un margen para que cada cual se mate como le apetezca.

FEDERICO

(Paciente y compasivo.) Anda, déjalo ya.

ANSELMO

Así que ahora, en cuanto vuelvan mis hijos del colegio, nos vamos a recoger a mi mujer, que está de compras en Preciados, y nos pasamos por la Mallorquina, que ya verá usted qué trufas. Invito yo, faltaría más. Y al médico, que le den.

FEDERICO

(Siguiéndole la corriente.) Morcilla. *(Y apaga el cigarro.)*

ANSELMO

(Reacciona perplejo.) ¿Morcilla? ¿Cómo morcilla?

FEDERICO

(Puesto en pie.) Sí, que le den morcilla.

ANSELMO

¿No habías hecho espinacas?

FEDERICO

Sí, pero se quemaron. *(Volviendo a la cocina.)*

ANSELMO

Y tanto, que hay que ver la humareda. Ahora, eso no es motivo para hacer morcilla. No me gusta la morcilla. No me sienta bien.

FEDERICO

Lo sé, papá, lo sé. *(Pasándole un trapo a la encimera.)*

ANSELMO

Y menos, por la noche.

FEDERICO

No he dicho que vaya a hacer morcilla.

ANSELMO

Si se te han quemado las espinacas, pues qué le vamos a hacer; esas cosas pasan. Cenamos un poco de queso y ya está.

FEDERICO

Bueno, mira.

ANSELMO

Ahora, morcilla, no me parece una cena adecuada. Tanto preocuparte por mis riñones... Vamos, para mí que la morcilla debe ser mucho peor que el chocolate.

FEDERICO

(Tira el trapo y, fuera de sí, va hacia la puerta.) ¡Quieres dejarlo ya, que me vas a volver la cabeza loca? *(Pausa.)* ¡Señor, qué castigo!

(Se produce un silencio prolongado. ANSELMO *le mira fijamente.)*

FEDERICO

¿Te importaría dejar de mirarme? Me estás poniendo nervioso.

ANSELMO

¿Qué pasa, es que no cenamos?

FEDERICO

¿De verdad tienes apetito?

ANSELMO

Hombre, claro. Podías sacar un poco de queso.

FEDERICO

No queda.

ANSELMO

¿También has quemado el queso?

FEDERICO

Te lo has comido, nos lo hemos comido. Y no es posible que no te acuerdes. Como no es posible que sigas teniendo hambre.

ANSELMO

¿Que hemos cenado? *(Y queda un momento ausente.)* ¿De verdad hemos cenado?

FEDERICO

Sí, papá, sí. Hemos cenado.

ANSELMO

Ya. *(Temeroso, tras una pausa.)* De postre, ¿no habré tomado plátano, por casualidad?

FEDERICO

Por casualidad, no. Porque te lo he puesto en la bandeja, pero no por casualidad.

ANSELMO

(Preocupado.) ¿Ves?, ésas son las cosas que deberíamos decirle al médico. No recuerdo nada y el caso es que la boca... No sé, tengo sabor a plátano.

FEDERICO

Anda, no te apures; son cosas que pasan.

ANSELMO

Eso sí que me da miedo, y no los riñones. Perder el sentido, extraviarme... sin mi consentimiento. Qué... qué... qué... qué alucine... Y qué peligro. *(Pausa.)* ¿Dije algo inconveniente?

FEDERICO

(Recogiendo el trapo.) Mira tú la preocupación, cuando no paras de decir inconveniencias.

ANSELMO

No es lo mismo. Son inconveniencias bajo control.

FEDERICO

(Mientras lo dobla.) No has dicho nada que te fuera ajeno, si es eso lo que te preocupa. *(Y lo guarda.)*

ANSELMO

¿Pero, seguía siendo yo?

FEDERICO

Pues claro, papá. Son lapsus. *(Pausa.)* Además, tú siempre has sido muy distraído.

ANSELMO

Ya, pero no hasta ese extremo.

FEDERICO

¿Que no? Más de lo que te imaginas. *(Sentándose junto a él.)* Tú no te acordarás, porque no te diste ni cuenta, pero

cuando estudiábamos en el Cervantes, un día que hicimos “pellas”, bajábamos corriendo por Mesón de Paredes, y mira por dónde la coincidencia, que tú venías por Tribulete, y nos dimos un encontronazo...

ANSELMO

Ah, ¿sí?

FEDERICO

De piedra nos quedamos.

ANSELMO

No sé, no recuerdo.

FEDERICO

¿Pero cómo te vas a acordar, si ni nos conociste? Con decirte que hasta nos pediste perdón y seguiste como si tal cosa...

ANSELMO

¿En serio?

FEDERICO

Y tan en serio. Recuerdo que nos miramos, y echamos a correr que nos las pelábamos.

ANSELMO

Debió ser al poco tiempo de morir tu madre. Entonces sí que estaba ido.

FEDERICO

Siempre fuiste muy dado a ensimismarte.

ANSELMO

Lo que pasa es que cuando la vida te supera, la mente se sustrae.

FEDERICO

Sí, eso debe ser.

ANSELMO

Cuando me dieron los análisis de tu hermano, me debió pasar algo parecido.

FEDERICO

No deberíamos hablar de eso ahora.

ANSELMO

Se ve que no pude soportarlo.

FEDERICO

No te conviene.

ANSELMO

Y mira que lo ponía bien claro: positivo; pues te juro que leí negativo. No sé qué pensaría cuando se lo dije, porque ponerse, se había puesto. El análisis tenía que haber dado positivo. Y él lo sabía, sabía que no podía ser ese el resultado.

FEDERICO

¿Quieres que ponga algo de música?

ANSELMO

Unos días más tarde, y sin que viniera a cuento, quise cerciorarme. No sé, un impulso. Volví a leerlo: “Presencia de opiáceos en sangre”, y esta vez sí: “positivo”. Ponía “positivo”. Siempre había puesto “positivo”, pero...

FEDERICO

¿Pongo la tele?

ANSELMO

No había cumplido aún los quince, justo la edad en la que se mata al padre, y yo le había prevenido tanto contra la droga, que es posible, o seguro, que se inyectara contra mí.

FEDERICO

¿De verdad no prefieres que la ponga?

ANSELMO

Y mira que lo sabía. Aun así... *(Pausa.)* La primera vez que encontré una cucharilla doblada, pensé que había sido por casualidad. Pero cuando una y otra vez... Había visto tantas veces preparar el caballo, cómo calentaban la cuchara con el mechero, conocía tan bien la ceremonia... *(Pausa.)* Aun así... *(Y queda ausente.)*

FEDERICO

(Levantándose.) Anda, vamos a verla un rato, nos hará bien. *(Y conecta la TV con el mando a distancia.)*

> *(Al encenderla, hay un programa concurso, con carreras, músicas y aplausos.)*

ANSELMO

No, por favor, quítales la voz; verlos, todavía, pero oírlos...

FEDERICO

(Le quita el sonido.) ¿Así?

ANSELMO

Y pon otro canal donde se muevan menos.

FEDERICO

(Cambia de canal con el mando a distancia.) ¿Mejor?

ANSELMO

Sí, eso puede valer. *(Pausa.)* Es como una ventana: pasa gente y la miras. *(Pausa.)* ¿No te parece un privilegio?

FEDERICO

¡Ver la televisión?

ANSELMO

Verlos vivir. Presenciar un momento de su vida real. De verdad, ¿no te parece maravilloso?

FEDERICO

Sí, claro, como ver salir el sol, o escuchar un pájaro. Hay tantas cosas corrientes con las que maravillarse. La verdad es que, a poco que te lo propongas, uno puede maravillarse con todo.

ANSELMO

Cierto, pero no hay nada tan fascinante como ver vivir a los demás.

FEDERICO

Eso es voyerismo.

ANSELMO

¿Y?

FEDERICO

¿En qué quedamos? ¿No eras exhibicionista?

ANSELMO

Querer ser visto no está reñido con querer mirar. Tal vez sea el más sutil de los modos, pero la mirada nos conecta con los demás.

FEDERICO

Eso son ganas de trascenderlo todo.

ANSELMO

Puede. *(Pausa.)* En el fondo, es un problema de imaginación. Si los miras y punto, estoy de acuerdo en que el asunto no tiene el menor interés. Ahora, si te los imaginas...

FEDERICO

Si te los imaginas, serán tan interesantes como interesante sea tu imaginación. *(Pausa.)* En cualquier caso, si a ti te distrae... Por mí, como comprenderás...

ANSELMO

Pues sí, puede parecer absurdo, pero me gusta imaginar quiénes son, qué sienten.

FEDERICO

Inventártelos.

ANSELMO

Para nada, yo nunca invento nada. Los mezclo, eso sí. Verás: las caras, las palabras, las sensaciones, los hechos, son los componentes de la identidad; yo sólo altero el orden. Organizo una nueva identidad. O mejor, niego la identidad. Los diluyo entre sí. ¿No te gustaría diluirte en los demás?

FEDERICO

(Irónico.) Me encantaría.

ANSELMO

En serio, ¿no te gustaría seguir viviendo en los demás? Mira esa chica, o si no el de las gafas, ¿qué estará diciendo?

FEDERICO

Eso es fácil de saber. Con subir el volumen...

ANSELMO

¿En qué piensa?

FEDERICO

¿Ves? Eso es más difícil.

ANSELMO

¿A qué aspira?

FEDERICO

¿Es que también vas a adivinarles el porvenir?

ANSELMO

¿Y por qué no? Es lo más fácil. El futuro no tiene secretos para mí.

FEDERICO

Te desconocía esa... habilidad.

ANSELMO

Ni para nadie. Ser profeta está al alcance de cualquiera. Querer serlo es lo difícil. ¿O es que tú no te has preguntado nunca por tu futuro?

FEDERICO

Como todo el mundo.

ANSELMO

Pero no te atreviste a adivinarlo. Y ya ves qué fácil era la respuesta.

FEDERICO

No entiendo.

ANSELMO

El futuro era esto. La vejez y la muerte.

FEDERICO

Bueno, mira, creo que voy a darme un baño. *(Y sale hacia el cuarto de baño.)*

(Aquí las luces sí se accionan a su paso.)

ANSELMO

Cuando imaginábamos el futuro, pensábamos en la informática, en los viajes espaciales, en la ingeniería genética, en las redes de comunicación... inventos ya tan obsoletos como la máquina de coser o la locomotora.

*(*FEDERICO *abre el grifo de la bañera.)*

ANSELMO

Nos engañamos con materiales sorprendentes y máquinas por inventar cuando luego resulta que el futuro es algo tan fácil como la vejez.

FEDERICO

(Conforme entra en el salón.) ¿Quieres que te bañe a ti primero?

ANSELMO

Más difícil es imaginar qué retazo de otro sigue vivo en ellos.

FEDERICO

Sabía que acabarías hablando de eso.

ANSELMO

Qué palabra prestada, qué pensamiento ajeno, qué víscera procedente de una autopsia...

FEDERICO

Mira, lo siento, pero no estoy dispuesto...

ANSELMO

¿No has pensado nunca en que algo de tu hermano pueda seguir vivo en alguno de ellos?

FEDERICO

Cómo no lo voy a pensar, si siempre andas a vueltas con lo mismo.

ANSELMO

(Siempre refiriéndose al televisor.) En el que está sentado al fondo.

FEDERICO

Papá, son muy jóvenes. Cuando murió Carlos, ellos probablemente ni habían nacido.

ANSELMO

Prométeme que, cuando me muera, trasplantarán mis órganos.

FEDERICO

(Mirada elocuente.)

ANSELMO

Sí, ya sé, ya sé. Ahora, tú, con no decirles mi edad, ellos no tienen por qué saberlo.

FEDERICO

Descuida, que no se lo diré.

ANSELMO

¿Me lo prometes?

FEDERICO

Por mí no ha de quedar.

ANSELMO

Cómo me gustaría diluirme en los demás. *(Pausa.)* Desde que murió tu hermano...

> *(Y queda un momento ausente.* FEDERICO *lo mira y, cabizbajo, camina lentamente hacia el baño.)*

ANSELMO

(Saliendo de su ensimismamiento.) ¿Cuando tomé la cena esa a base de queso con sabor a plátano que dices que he cenado, me diste la pastilla?

FEDERICO

(Reacciona.) Lo siento, me olvidé. *(Y va a la cocina.)*

ANSELMO

Pues menos mal que soy yo el que está perdiendo la memoria.

FEDERICO

(Acercándole una píldora y un vaso de agua.) Sí, ha sido un fallo. No sé.

ANSELMO

Tú, cuando te olvides de algo, no te preocupes, que aquí estoy yo. *(Y se echa la píldora a la boca y bebe a continuación.)*

FEDERICO

De acuerdo, de acuerdo, tienes razón. *(Y alarga el brazo*

para recogerle el vaso.)

ANSELMO

(Se lo alarga, pero no lo suelta.) Pues fíjate: *(Y, por un momento, el vaso está en manos de los dos; luego, lo suelta.)* de buena gana me iba a bailar.

FEDERICO

Con tus piernas.

ANSELMO

¡Huy, con mis piernas! A saber dónde estarán mis piernas.

FEDERICO

Pues con esas no creo que llegues muy lejos.

ANSELMO

Toma, ¿pues por qué te crees que sigo aquí? *(Travieso, casi infantil. Tratando de seducir.)* Ahora, eso no quita para que me lleves tú.

FEDERICO

¡Papá!

ANSELMO

Podríamos...

FEDERICO

¿No lo estarás diciendo en serio?

ANSELMO

¿Y por qué no?

FEDERICO

(Según lleva el vaso y las pastillas a la cocina.) ¡Ah, no, no! Eso sí que no. Vamos, ni se te ocurra.

ANSELMO

Hace más de veinte años que no piso una discoteca.

FEDERICO

¿Y qué?

ANSELMO

Tengo derecho... Creo que tengo derecho.

FEDERICO

¿Derecho? ¿A ir a la discoteca? Mira, no sé qué clase de derecho es ése. Además, ni ni ni... ni sé ni me importa si tienes derecho o no. Pero lo que desde luego no tienes es edad.

ANSELMO

¿Qué temes, que me pidan el carnet?

FEDERICO

Ya, ya sé que has cumplido los dieciséis.

ANSELMO

Varias veces.

FEDERICO

Pues eso.

ANSELMO

Me apetece, y cuando te apetece, te apetece.

FEDERICO

Pues si te apetece... te aguantas.

ANSELMO

Venga, no te pongas así. Vamos a hablarlo, ¿no?

FEDERICO

¡A hablarlo?

ANSELMO

Sin bailar. Sólo a tomar una copa.

FEDERICO

¿Qué quieres, que nos pongamos en ridículo?

ANSELMO

¿Y por qué no? Yo me he pasado la vida haciendo el ridículo y aquí me tienes, tan sano.

FEDERICO

No sigas, ¿eh?

ANSELMO

Mira tú ahora, ¡el ridículo!

FEDERICO

Y de sano, nada, que ése es tu problema, que nunca has estado en tu sano juicio.

ANSELMO

Antes loco que triste. Tú mírate.

FEDERICO

¿Qué tengo que mirar?

ANSELMO

No vales ni para hacer el ridículo.

FEDERICO

Pues mira tú el problema...

ANSELMO

Siempre tan correcto, tan prudente, tan... tan...

FEDERICO

¿Previsible?

ANSELMO

Sí, eso, tan previsible. *(Pausa.)* ¿No has probado nunca a seguir tus impulsos?

FEDERICO

Por supuesto. Lo que pasa es que nunca tuve el impulso de hacer el ridículo. Ya ves, raro que es uno.

ANSELMO

Imagínatelo.

FEDERICO

No, si me lo imagino. Eso es lo malo, que me lo imagino.

ANSELMO

Nos vestimos, nos acicalamos, nos ponemos lo que se dice de punta en blanco.

FEDERICO

La fiebre del sábado noche.

ANSELMO

Y nos vamos por ahí.

FEDERICO

A ligar.

ANSELMO

Hombre, si se tercia...

FEDERICO

Estás loco.

ANSELMO

Venga, tío, vámonos de marcha.

FEDERICO

¿Pero es que no te importa que se rían de ti?

ANSELMO

¿Importarme? Pero si me encanta.

FEDERICO

Por favor, no me tomes el pelo.

ANSELMO

¿No te das cuenta? Llegamos a la discoteca y es que los

dejamos con la boca abierta.

FEDERICO

Eso puedes jurarlo.

ANSELMO

Primero nos damos una vuelta para ver las titis.

FEDERICO

(Por bajo.) ¡Viejo rijoso!

ANSELMO

Oye, el ojo también tiene derecho. *(Pausa.)* La basca dirá: "Vaya par de carrozas".

FEDERICO

¿Carrozas? ¡Coches fúnebres!

ANSELMO

Bueno, tú, coche fúnebre, si te hace ilusión. A mí, con carroza ya me vale. *(Pausa.)* Luego tú, si te cortas, te quedas en la barra, mientras yo salgo a la pista.

FEDERICO

Con los bastones.

ANSELMO

A ver si te crees que iba a ser el primero. Yo conocí un tío al que le habían enterrado la pierna, el "Cojo Mantecas" le llamaban —que luego se hizo famoso en la tele apedreando farolas en una manifestación—, que no veas cómo se enrollaba con las muletas.

FEDERICO

Sí, pero éste no es el caso.

ANSELMO

Ya. Aun así, verás como yo también me monto el número.

FEDERICO

De eso no me cabe la menor duda.

ANSELMO

Salgo. *(Pausa.)* Me hacen sitio. *(Pausa.)* "¿Dónde va ese?", pensarán. Y en cuanto me ponga a bailar, rompen a carcajadas.

FEDERICO

¿Y eso te... divierte?

ANSELMO

¡Existir! ¿Es que no te das cuenta? Te miran y se ríen.

FEDERICO

Pues no le veo la gracia.

ANSELMO

Puede, sí, que ellos me vean ridículo, porque creerán que no sé lo que hago, pero yo no, yo me sentiré bien, porque tendré muy claro qué es lo que estoy haciendo.

FEDERICO

(Con gesto de cabeza.) ¿Hay que reírse?

ANSELMO

Sí, hay que reírse. *(Y, trabajosamente, trata de ponerse en pie.)*

FEDERICO

(Ayudándole.) ¿Se puede saber a dónde vas ahora?

ANSELMO

(Ya en pie.) ¿A dónde quieres que vaya? A bailar.

FEDERICO

Papá, por favor, no seas así. ¿Pero no ves que no puedes?

ANSELMO

(Andando.) Venga, tío, alegra esa cara, que nos vamos de marcha.

FEDERICO

(Acompañándole.) Pero si no puedes.

ANSELMO

Ir no, pero imaginármelo sí. ¡Deja por lo menos que me lo imagine! ¡No seas aguafiestas! ¡Que eres un aguafiestas!

FEDERICO

Bueno, vale. *(Pausa.)* ¿Pero qué quieres hacer?

ANSELMO

Que voy al servicio, hombre, que todo hay que decirlo.

FEDERICO

Espera aquí, que te traiga el bastón. *(Y va a por él.)*

ANSELMO

Habrá que buscar un sitio retro.

FEDERICO

(Dándole el bastón.) Dudo que queden antros de los que tú frecuentabas.

ANSELMO

(Se apoya en el bastón, pero no anda, permanece quieto junto a la mesa.) Toda la noche cabalgando sobre el rock and roll. ¿Te imaginas?

FEDERICO

Y tanto. Tengo el cuerpo hecho polvo sólo de imaginarlo.

ANSELMO

Ah, y ésa es otra, el cuerpo. Qué gusto sentirlo descoyuntado. Cuando caía en la cama, me iba estirando y notaba cómo cada cosa volvía a colocarse en su sitio. No sé, sentía el cuerpo como macerado.

FEDERICO

Pues no sabes cómo lamento habérmelo perdido.

ANSELMO

Bueno, no exactamente. Es que es difícil de explicar. Eres consciente de que tienes cuerpo, lo sientes; sientes hasta lo más insignificante. Y te duele, sí, pero no es el dolor, es la consciencia. ¡La plenitud! *(Y queda pensativo. Y reacciona de inmediato.)* Oye, tú, corre, que no llego.

FEDERICO

Pero si eres tú, que te enrollas.

ANSELMO

Ay, ay, ay.

FEDERICO

Si no hablaras tanto...

ANSELMO

Corre, hombre, corre.

FEDERICO

Anda, cógete y llegamos antes. *(Y hace por cogerlo.)*

ANSELMO

Qué coño me voy a coger. Quita, quita. *(Y con el forcejeo, se le cae el bastón.)*

FEDERICO

(Recogiéndolo del suelo.) ¡Lo que faltaba! *(Y se lo da.)*

ANSELMO

No, si al final, la liamos.

FEDERICO

Tranquilo, no te aceleres.

ANSELMO

¿Que no me acelere? ¡Será posible! ¡Que no me acelere, dice!

FEDERICO

Mira, contrólate, que si te caes va a ser peor.

ANSELMO

Ay, ay, que no llego. Si es que no llego.

FEDERICO

¡Aguanta un poco!

ANSELMO

Aguanta, aguanta. Se dice muy fácil, pero aguanta tú. *(Y cruza las piernas sin poder andar.)*

FEDERICO

Pero no te pares.

ANSELMO

Si es que no puedo. *(Y se retuerce.)* Ay, ay, ay. *(Y da saltitos.)* Ay, ay, ay. *(Y, finalmente, se resigna y permanece inmóvil.)*

FEDERICO

¡Vaya por Dios!

ANSELMO

Lo siento. *(Y queda ausente.)*

FEDERICO

Bueno, no pasa nada, ¿eh?

ANSELMO

(Mascullando.) ¿Cómo no va a pasar?

FEDERICO

Tranquilo, tú acaba tranquilo y no te preocupes.

ANSELMO

(Casi inaudible.) Lo siento. *(Y se va achicando, embebiendo, como si quisiera desaparecer.)*

FEDERICO

Venga, papá, todos los problemas fueran esto. *(Pausa larga.)* ¿Ya? *(Pausa.)* ¿Has acabado ya?

ANSELMO

(Asiente con la cabeza.)

FEDERICO

(Le acerca a la silla.) Sujétate un momento mientras

preparo las cosas.

ANSELMO

No. *(Sin convicción.)* No, deja.

*(*FEDERICO *va al baño, coge unas toallas del armario, cierra el grifo de la bañera y regresa al salón llevando una palangana, una esponja, talco, jabón, las toallas y el saco de la ropa sucia.)*

FEDERICO

Ya verás, en un momento te cambio y aquí no ha pasado nada.

ANSELMO

No, yo solo. Que puedo.

FEDERICO

(Mientras extiende las toallas sobre el sillón “relax”.) ¿Pero cómo vas a cambiarte solo?

ANSELMO

Tú... tú llévame al baño y ya verás como puedo. *(Rodea la mesa, alejándose.)*

FEDERICO

No hagamos un problema de una tontería. *(Deja las cosas en la silla, junto a la mesa, y va hacia su padre.)*

ANSELMO

No, no, no. *(Resistiéndose.)* He dicho que no.

FEDERICO

A ver si nos dejamos ya de tonterías. Tengo que limpiarte, ¿no? Pues no lo hagas más difícil.

ANSELMO

Deja que lo intente yo.

FEDERICO

¿Pero qué quieres, que tengamos un accidente?

ANSELMO

Lo intento, y, si veo que no puedo, pues te llamo.

FEDERICO

Entiendo que no te apetezca. Esto no es plato de gusto para nadie. Ahora, has tenido un accidente y hay que darle una solución.

ANSELMO

Que yo puedo, en serio.

FEDERICO

Venga, vamos al sillón.

ANSELMO

Desde que me cambiaron las pastillas, lo controlo mucho mejor.

FEDERICO

Si nadie dice que no. *(Y tira de él.)*

ANSELMO

(Resistiéndose.) Meses hace que no me pasaba.

FEDERICO

Sí, pero ha pasado. Y además, tampoco meses, que aún no se te han curado las llagas. *(Gira el sillón, aproximándoselo.)*

ANSELMO

De estar sentado.

FEDERICO

(Enérgico.) Bueno, papá, ya está bien; tengo que limpiarte. *(Y cogiéndolo por sorpresa, le obliga a sentarse en el sillón.)*

ANSELMO

(Debatiéndose.) No, no. Suéltame. Suéltame inmediatamente.

FEDERICO

(Y actuando sobre el resorte, recuesta el relax.) Estate quieto, ¿eh? A ver si vas a acabar haciéndote daño.

ANSELMO

(Tratando de incorporarse.) Sube el respaldo, sube el respaldo inmediatamente.

FEDERICO

¡Te quieres estar quieto?

ANSELMO

Que lo subas, te digo.

> *(Se produce un breve forcejeo y* ANSELMO *queda desmadejado sobre el sillón, con la respiración acelerada.)*

FEDERICO

(Desabrochándole el pantalón.) Es que hay que ver cómo eres. Parece mentira que te pongas como te pones, cuando sabes perfectamente que no hay más remedio. *(Mientras le quita las zapatillas.)* Además, cuanto menos te resistas, antes acabamos. *(Le baja los pantalones.)*

ANSELMO

(Con una resistencia mínima.) No.

FEDERICO

(Terminando de sacárselos.) Si es que es mejor, ¿no ves que así no te escueces? *(Y empapa la esponja en la palangana.)* Está templada, pero si la quieres más caliente, lo dices. *(Lavando.)* ¿Está bien así?

ANSELMO

(Asiente con la cabeza.)

FEDERICO

(Subiéndole las piernas para lavarlo por debajo.) ¿Qué pasa, te ha comido la lengua el gato? *(Tira la esponja a la palangana, toma la toalla y comienza a secarlo.)* Ríete, hombre, ríete. *(Tratando de quitar tensión.)* Venga, que nos vamos de marcha.

ANSELMO

No, tú no. Por favor, tú no te rías.

FEDERICO

(Queda un momento desconcertado.) Lo siento.

ANSELMO

Levántame, ¿no?

FEDERICO

Lo siento, papá, pero voy a prepararte para la noche.

ANSELMO

¿Qué vas a hacer?

FEDERICO

(Yendo hacia la cocina, donde dejó las bolsas de la compra.) Ya sé que no quieres, lo sé, pero algún día habrá que empezar.

ANSELMO

(Alarmado.) ¿Pero se puede saber qué es lo que vas a hacer?

FEDERICO

(Que vuelve con un pañal de adulto.) Verás como es mejor así.

ANSELMO

No, eso sí que no. *(E intenta de nuevo levantarse.)*

FEDERICO

No empieces, ¿eh?

(Forcejean, si bien ahora la resistencia es menor, y

FEDERICO *consigue reducirlo con mayor facilidad.)*

ANSELMO

No, no. El pañal, no.

FEDERICO

Llevas varios días manchando las sábanas. *(Y comienza a ponérselos.)*

ANSELMO

Eso es mentira.

FEDERICO

¿Pero no ves que estás lleno de ronchas?

ANSELMO

Déjame.

FEDERICO

Probamos unos días y, si vemos que no hace falta, te los dejo de poner.

ANSELMO

No te lo perdono. Esto no te lo perdono.

FEDERICO

Ya verás como, cuando te acostumbres, duermes mucho mejor. *(Va al perchero y coge la bata.)*

ANSELMO

Te vas a acordar.

FEDERICO

(Va a darle la bata y, al mirarlo.) Papá, por favor, no llores.

ANSELMO

(Se limpia la lágrima con el revés de la mano y, sacando energía, dice con la voz rota.) ¿Quién está llorando?

FEDERICO

¿Pero cómo eres así? *(Y medio lo abraza.)* Anda, levanta. *(Y le ayuda.)* Toma, ponte esto. *(Y le pone la bata.)*

ANSELMO

¿Es que no te das cuenta? ¿No ves que es humillante?

FEDERICO

Pues porque te ha dado por ahí, pero lo mismo te podías haber puesto a gastar bromas.

ANSELMO

Quita eso del sillón.

FEDERICO

(Recoge las toallas.) ¿No sería mejor tomárselo a risa?

ANSELMO

Ya, pero es que a veces no se puede.

FEDERICO

(Ayudándole a sentarse en el sillón.) Venga, papá, que no tiene tanta importancia. De verdad. *(Y gira el sillón, colocándolo en su posición original.)*

ANSELMO

Eso es lo malo, que poco a poco, acaba uno aceptando que nada tiene importancia.

FEDERICO

¿Quieres que nos imaginemos que nos vamos a bailar?

ANSELMO

Luego. Más tarde.

> *(*FEDERICO *recoge los útiles de aseo y la ropa sucia, los lleva al cuarto de baño, y vuelve.)*

ANSELMO

Hijo...

FEDERICO

Sí.

ANSELMO

¿Y ya, a estas alturas, un poquito de chocolate, qué más dará?

> *(*FEDERICO *le mira y asiente. Luego va a la cocina, abre el armario, coge una chocolatina que tenía escondida y vuelve al salón. Al salir de la cocina, con el mando a distancia apaga la luz. Según va hacia su padre, rompe el envoltorio, parte un trozo y se lo da.* ANSELMO *mira a su hijo, mientras se echa el chocolate a la boca.* FEDERICO *se sienta en el sillón.)*

ANSELMO

(Con aire de broma.) ¿Sabes por qué los viejos lloramos con tanta facilidad?

FEDERICO

¿Por?

ANSELMO

Dicen que es por un problema de lagrimales, pero no; lloramos... porque tenemos motivos. *(Tras un silencio.)* Está rico. *(Por el chocolate.)*

FEDERICO

(Que también come un trozo.) Sí, está rico.

ANSELMO

(Bromeando a duras penas.) ¿Por qué no pones música para celebrar mi puesta de corto?

FEDERICO

(Yendo hacia la cadena.) ¿Qué prefieres?

ANSELMO

Cualquier cosa puede valer.

> *(*FEDERICO*, sin mirar, coge un C.D. y lo coloca. Va al sillón, se sienta. También él queda pensativo. Luego lo pone en marcha con el mando a distancia. Suena "Cocaine" en concierto.* ANSELMO*, con dificultad, vuelve a ponerse en pie y, alzando los brazos, inicia mínimamente lo que podría entenderse como un intento de baile. El humo, las luces, el volumen nos transportan a un concierto de rock and roll, mientras cae lentamente el* ***TELÓN****.)*